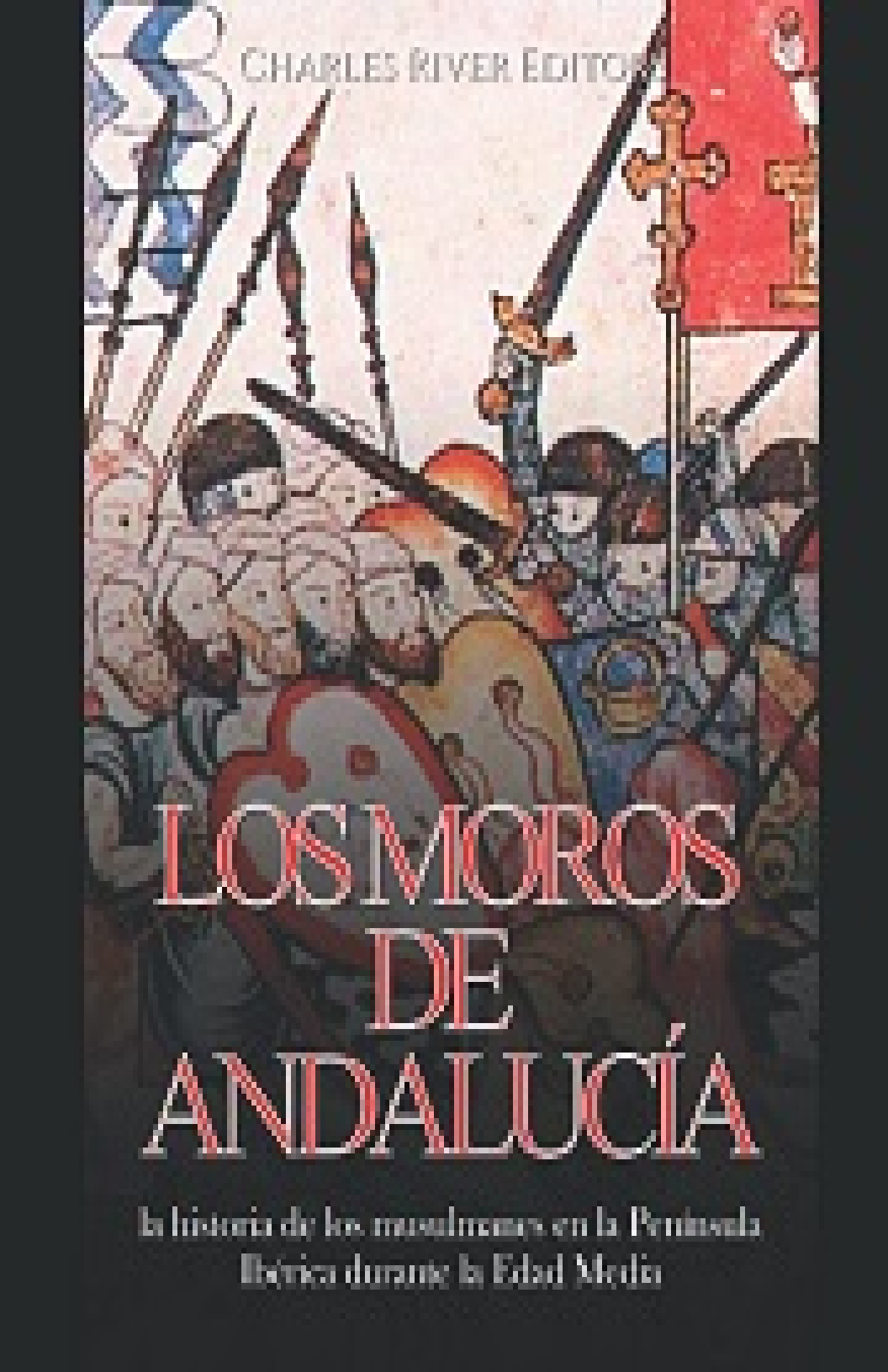


A medieval-style illustration depicting a battle scene. In the foreground, a soldier in chainmail and a helmet is shown from the chest up, holding a large, ornate shield with a red and grey design. Behind him, a dense group of soldiers is visible, some holding long spears. A prominent red banner with a gold cross is held aloft on the right side of the image. The background is a light, textured surface, possibly representing a sky or a distant landscape. The overall style is reminiscent of a tapestry or a medieval manuscript illumination.

CHARLES RIVER EDITORS

LOS MOROS DE ANDALUCÍA

la historia de los musulmanes en la Península
Ibérica durante la Edad Media

Annotation

El término ‘moro’ es un nombre más histórico que étnico. Es una invención de los cristianos europeos para referirse a los habitantes islámicos del Magreb (norte de África), Andalucía (España), Sicilia y Malta, y a veces se usaba para designar a todos los musulmanes. Deriva de Mauri, el nombre en latín para los bereberes que vivían en la provincia romana de Mauretania, la cual se extendía por los actuales Argelia y Marruecos. ‘Sarraceno’ era otro término europeo utilizado para referirse a los musulmanes, si bien por lo general se refería a los pueblos árabes del Oriente Medio, y se deriva de un nombre antiguo para los árabes, Sarakenoi. Los musulmanes de esas regiones no se referían a sí mismos con ese término más de lo que aquellos en el norte de África se llaman a sí mismos moros.

CHARLES RIVER EDITORS

Los moros de Andalucía

Charles River Editors

 CREATIVE COMMONS

©2022, River Editors, Charles

©2022, Charles River Editors

ISBN: 9789004094192

Generado con: QualityEbook v0.87

***La historia de los musulmanes en la Península Ibérica
durante la Edad Media***

Por Charles River Editors

Introducción



Ilustración que representa a los pueblos del Magreb

El término «moro» es un nombre más histórico que étnico. Es una invención de los cristianos europeos para referirse

a los habitantes islámicos del Magreb (norte de África), Andalucía (España), Sicilia y Malta, y a veces se usaba para designar a todos los musulmanes. Deriva de *Mauri*, el nombre en latín para los bereberes que vivían en la provincia romana de Mauretania, la cual se extendía por los actuales Argelia y Marruecos. «Sarraceno» era otro término europeo utilizado para referirse a los musulmanes, si bien por lo general se refería a los pueblos árabes del Oriente Medio, y se deriva de un nombre antiguo para los árabes, *Sarakenoi*. Los musulmanes de esas regiones no se referían a sí mismos con ese término más de lo que aquellos en el norte de África se llaman a sí mismos moros.

El Magreb, o *al-Maghreb*, es un término histórico usado por los árabes musulmanes para el territorio costero del norte de África, desde Alejandría hasta la costa atlántica. Significa «el Oeste» y se usa en oposición a *Mashrek*, «el Este», que se usa para referirse a las tierras islámicas en el Oriente Medio y el noreste de África. Los bereberes se refieren a la región en su propia lengua como *Tamazgha*. En un sentido limitado y preciso también puede referirse al reino de Marruecos, cuyo nombre original es *al-Mamlakah al-Maghribiyyah*, «Reino del Oeste».

En términos étnicos, los habitantes del norte de África son en su mayoría de ascendencia mixta árabe-bereber, y los bereberes son un grupo orgulloso y noble de pueblos que se remontan a la Antigüedad. El término bereber es, nuevamente, una designación extranjera, que proviene del griego *barbaroi*, que significa «extraño». Implícitamente, según lo entendían los griegos y los romanos, la palabra indicaba que los pueblos o gentes no eran civilizados. De allí proviene el nombre arcaico inglés *Barbary*, utilizado para designar la costa norte de África y que aún se emplea en «mono de Berbería» (*Barbary monkey*) y en la raza de caballos conocida como *Barb*.

Los bereberes se autodenominan *imazighen*, aunque en realidad son más una agrupación de diferentes tribus, que un grupo estrictamente homogéneo. Existen al menos doce fa-

milias lingüísticas que se hablan en Marruecos, Argelia, Libia, Túnez, partes de Malí, Burkina Faso y Mauritania. Esta última, una república grande en la costa noroccidental de África, comparte el mismo nombre que la antigua provincia romana (con una leve diferencia ortográfica), si bien no tienen relación: sus antiguos gobernantes franceses le dieron el nombre.

En la Antigüedad, los bereberes establecieron reinos poderosos e importantes en el norte de África y los reinos de Sifax y Gala dominaron Numidia —ahora parte de Argelia— hasta que fueron conquistados por Cartago. Tras la caída de Cartago, el reino bereber de Mauretania —que no debe confundirse con el país creado por los franceses— dominó el noroeste de África, antes de sucumbir ante los romanos en el siglo I a. e. c. La Europa cristiana generalmente ha dado a los bereberes una reputación de pueblo salvaje y bárbaro, cuando en realidad han tenido una historia larga, sofisticada y culta, y bajo el dominio romano hicieron grandes contribuciones a la civilización.

Agustín, obispo de Hipona Regia en Numidia, era bereber y uno de los más grandes filósofos y teólogos no solo de su tiempo, sino de todos los tiempos. El teólogo Tertulio también provenía del norte de África, y los bereberes produjeron tres papas: Víctor I, Miltiades y Gelasio I. Arrio, el sacerdote que negó la divinidad de Cristo y dio su nombre a una forma de cristianismo que rivalizó con el catolicismo durante más de 400 años, también llamaba al norte de África su hogar. El general norteafricano Lusio Quieto fue nombrado gobernador de Judea por el emperador Trajano en el año 117 e. c., y Quinto Lolio Urbico fue gobernador de Britania. De hecho, dos bereberes alcanzaron el pináculo del Imperio romano: Macrino fue comandante de la Guardia Pretoriana y tomó el trono imperial en el año 217, y el general Emiliano de igual forma se convirtió en emperador en el 253. El poeta y dramaturgo Terencio, también nació en el norte de África.

En el siglo V, la costa noroccidental de África fue conquistada por los vándalos, una tribu germánica originaria de Europa del Este, que a su vez sucumbió ante el Imperio bizantino en el siglo VI. Toda la costa africana, desde la península del Sinaí hasta el estrecho de Gibraltar permaneció bajo el dominio bizantino hasta el siglo VII, cuando un importante cambio geopolítico elevó a los bereberes una vez más al estatus de potencias regionales y marcó el comienzo del dominio del islam sobre toda la región.

La historia de la Península Ibérica está estrechamente vinculada a la de los moros. El término «España», no se utilizó de forma generalizada hasta que la región fue unificada por los monarcas de Aragón y Castilla, y los moros llamaban a las tierras que gobernaban en la Península Ibérica *al-Ándalus*, tradicionalmente considerada una transliteración árabe de «vándalo/a», la tribu germánica que dominó brevemente la región a principios del siglo V. El nombre español Andalucía todavía se usa en España para denominar su región meridional.

No es de extrañar que los intentos de coexistencia de tres religiones durante la época medieval resultaran en conflictos casi incesantes, marcados por altos impuestos, sociedades dispares, rígidos controles culturales y violencia sistémica. A pesar de las dificultades, estas religiones lograron vivir en un estado de cuasi aceptación y paz en la mayoría de las principales ciudades en la Península Ibérica, como Córdoba y Toledo. Con guerras esporádicas en las fronteras entre al-Ándalus y los reinos cristianos cerca de los Pirineos. Musulmanes, cristianos y judíos intentarían reorganizar sus sociedades varias veces mediante la guerra a lo largo de los siglos, siempre los judíos en los escalones más bajos, con los cristianos y musulmanes luchando por encima de ellos.

La religión, aunque a menudo se olvida hoy en día, no fue el impulso original de los combates que tuvieron lugar durante la Reconquista. En cambio, la mayoría de las batallas las libraron gobernantes ambiciosos que buscaban la expan-

sión territorial, como muchas otras civilizaciones durante la Edad Media. De hecho, la Reconquista no adquiriría su singular sabor religioso hasta el siglo XIII, cuando los territorios que se convertirían en Castilla y Aragón impulsaron el fervor religioso para lograr sus objetivos y obtuvieron el apoyo papal de Roma.

Aunque siempre se ha asociado a los moros con España debido a su larga permanencia en la Península Ibérica, la batalla más famosa en la que estuvieron involucrados se libró, de hecho, en la Francia moderna. Mientras los francos estaban consolidando un reino allí, las fuerzas musulmanas estaban abriéndose paso fuera del norte de África hacia la Península Ibérica a principios del siglo VIII, y en los albores de la década de 730, la dinastía omeya había expandido su territorio desde el Atlántico hasta los Pirineos, una cadena de montañas estacionalmente nevadas en Europa que forman una frontera entre las naciones de España y Francia.

Esto devendría en la más famosa victoria militar de Carlos Martel, en la Batalla de Tours, también llamada Batalla de Poitiers, el 10 de octubre de 732. En esa batalla, una fuerza franca unida derrotó de forma decisiva al califato omeya invasor, convirtiéndose en una de las más importantes de toda la Edad Media (si bien su relevancia real es debatida actualmente), al frenar el avance de las fuerzas islámicas en Europa¹.

Como lo dijera el historiador William E. Watson: «Si Carlos Martel hubiera sufrido en Tours-Poitiers el mismo destino del rey Rodrigo en el río Barbate, es dudoso que un soberano ‘bueno para nada’ del reino merovingio hubiera podido triunfar más tarde donde su talentoso *major domus* había fracasado. Ciertamente, dado que Carlos fue el progenitor de la línea carolingia de monarcas francos y abuelo de Carlomagno, podría decirse con cierto grado de certeza que la subsiguiente historia de Occidente habría procedido a lo largo de corrientes muy diferentes, de haber resultado victorioso ‘Abd ar-Rahman en Tours-Poitiers en 732».

La expansión del islam

La muerte del profeta Mahoma, fundador del islam moderno, el 8 de junio del año 632 en Medina, sacudió a sus seguidores profundamente. Sus discípulos, dispersos en toda Arabia, Persia, Etiopía y partes del Imperio bizantino, lloraron colectivamente la pérdida de su estrella guía, y al igual que en muchas otras religiones, tras su muerte comenzaron a surgir grietas inmediatamente en los cimientos de la fe islámica. Poco después, la religión sufrió su primer gran cisma, también conocido como la «gran división entre sunitas y chiitas» (también llamados suníes y chiíes).

Las denominaciones rivales coincidían en algunos principios. Estaban de acuerdo en que Alá envió a Mahoma, su mensajero final, al reino mortal para revigorizar y propagar más la antigua, pero descuidada, teología que creían era la religión verdadera, prototípica, practicada por Adán, Ibrahim (Abraham), Musa (Moisés) y otros profetas antiguos. Tanto los chiitas como los sunitas rezaban cinco veces al día, ayunaban durante el Ramadán, realizaban actos de caridad y peregrinaban obedientemente a La Meca, como dictaban los Cinco Pilares del islam. Solo si dedicaban su vida a alabar a Alá y se adherían a Su palabra, se les permitiría entrar por las puertas del Paraíso.

Más allá de eso, sin embargo, las dos ramas no pudieron ponerse de acuerdo en casi nada más, y dada la ausencia de una autoridad suprema que aclarara las leyes canónicas y resolviera las disputas, los seguidores del profeta desarrollaron y persiguieron sus propias interpretaciones del Corán. Al principio, la antorcha pasó a Abū Bakr al-Siddīq, compañero íntimo y suegro de Mahoma a través de su tercera esposa, Aisha. Pero muchos de los súbditos heredados por Abu Bakr,

el primer califa Rashidun², protestaron con vehemencia en contra de la coronación, y el candidato que eligieron fue Ali ibn Abi Tálib, de 32 años, quien era primo consanguíneo de Mahoma (hijo de su tío paterno) y esposo de la hija del profeta, Fátima.

Quienes apoyaban a Abu se convirtieron en los sunitas, que hoy en día representan el 85 – 90% de los más de 1.600 millones de musulmanes en todo el mundo, predominantemente en Arabia Saudita, Egipto, Jordania e Indonesia. Los chiitas, cuya lealtad estaba con Ali, constituyen el 10 – 15% restante, unos 154 – 200 millones, y se encuentran principalmente en Irán, Irak, Siria, Turquía, Azerbaiyán, Yemen, Palestina y Líbano.

La palabra «chiita» era un derivado del llamado *Shiat Ali*, o el «partido de Ali». Los partidarios de Ali sostenían que el derecho a reinar sobre toda la comunidad musulmana pertenecía únicamente a los descendientes directos de Mahoma, y Ali era el pariente masculino más cercano del profeta y, por ende, el verdadero *imam* (también dicho *imán*: el guía, jefe o modelo espiritual o religioso, y a veces también político, en una sociedad musulmana). Creían que eran ellos quienes estaban capacitados para descifrar, defender y mantener la ley islámica y los hadices de Mahoma.

El término «suní» o «sunita», por su parte, procede de la expresión *Ahl as-Sunnah*, que significa «gente de la Tradición» o «pueblo del ejemplo de Mahoma y de la comunidad». Los sunitas eran partidarios de un enfoque más democrático; los ocupantes del trono del califato debían determinarse por votación, emitida por un consejo electoral (Shura) formado por los líderes religiosos de mayor rango de todo el Imperio islámico. La ascendencia por sí sola, argumentaban, no debería determinar quién sería califa; en su lugar, la experiencia, la profunda piedad, el dominio del Corán y una sólida capacidad de liderazgo eran los méritos necesarios.

De Abu Bakr, el califato Rashidun pasó a Omar I, el suegro de Mahoma por parte de su cuarta esposa, Hafsa, cuyo rei-

nado se vio truncado abruptamente en 644 cuando fue asesinado por un esclavo persa. El yerno del profeta, Uthmán ibn Affan, esposo de sus hijas Ruqayyah y Umm Kulthum, fue el tercer califa hasta su prematura muerte en 656, esta vez provocada por rebeldes egipcios. Finalmente llegó el momento de Ali, para el deleite de los chiitas, pero él, por desgracia, también sufriría la misma suerte.

Serían los insurgentes quienes entregarían sin contemplaciones y en bandeja de plata el califato a Ali, y huelga decir que sus detractores se opusieron a esta transición, llegando algunos a acusarlo abiertamente de orquestar el asesinato de Uthmán, debido a la falta de acción para castigar a los asesinatos del califa caído. El breve reinado de Ali estuvo salpicado de guerras civiles, la mayoría libradas por el primo de Uthmán, Muawiya, el entonces gobernador de Siria. Para romper el estancamiento en la batalla de Siffín al año siguiente, se eligió conjuntamente un panel de jueces para determinar el vencedor. Los jueces fallaron a favor de Muawiya, quien luego se autoproclamó como el verdadero califa.

Ali rechazó firmemente el veredicto como injusto e ilegal, y reanudó su gobierno desde su nueva capital en Kufa, Irak. A finales de enero del año 661, tres jariyitas, o jariyíes, egipcios (una nueva secta separada, compuesta por aquellos que se separaron de Ali cuando éste consintió en el arbitraje de desempate en Siffín, ya que «el juicio [pertenece] solo a Dios»), liderados por Abd-al-Rahman ibn Muljam, entraron subrepticamente a la Gran Mezquita de Kufa. Los intrusos se acercaron con sigilo detrás de Ali, quien se encontraba a mitad de la oración faÿr, desenvainaron sus espadas envenenadas, y arremetieron contra el distraído califa. Sus cómplices fallaron, pero el golpe de Ibn Muljam logró herir a Ali en la coronilla, y en menos de 48 horas, Ali estaba muerto.

Hasan, nieto de Mahoma y el varón me mayor edad entre los hijos de Ali y Fátima, fue elegido para ocupar el lugar de su padre y convertirse en el quinto califa Rashidun. Como era de esperarse, Muawiya se opuso a la decisión del consejo

y desafió a Hasan. Tras seis meses de acalorada correspondencia, turbulencias internas en el bando Rashidun, y agotadoras negociaciones, Hasan aceptó dimitir con la condición de que Muawiya se comprometiera a dejar el nombramiento del próximo califa a la shura.

Muawiya estableció una nueva dinastía, el califato Omeya, y renegó de su pacto al declarar heredero del trono a su hijo Yazid. Esto no le cayó nada bien a Hasan y su hermano Husáin, quienes habrían sido los contendientes más prometedores, y los chiitas se hicieron eco de sus sentimientos. Se habían negado a inclinarse ante los tres califas Rashidun y harían lo mismo con los reyes omeyas de Damasco, y más adelante con los abasíes de Bagdad, prometiendo en cambio su lealtad a Ali, Hasan y Husáin; para ellos los tres primeros imanes chiitas.

Plenamente consciente de la insubordinación de los chiitas, Muawiya buscó acabar con la creciente amenaza lo más pronto posible. Hasan murió envenenado en 670 por una de sus esposas, Jada bint al —Āixath, a instancias de Muawiya. Husáin fue asesinado diez años después, en la batalla de Karbala (Irak) en 680 por el mismo Yazid, que luego sería coronado como el segundo califa Omeya. La muerte de los tres imanes dio lugar a los conceptos de martirio y duelo al estilo chiita. Los musulmanes chiitas continúan honrando a Husáin en el aniversario de su muerte, en un ritual anual conocido como la «Ashura», que a veces incluye la automutilación, autoflagelación y otras formas de autolesión religiosa.

La masacre del clan de los descendientes del clan Talib en Karbala dejó a los chiitas postrados de dolor. De las setenta y dos personas que murieron del grupo de Husáin, veinte eran talib, entre ellos los hermanos de Husáin y su bebé de seis meses, y todos fueron decapitados. Como era de esperar, la animosidad de los chiitas hacia los califas y funcionarios sunitas, junto con los de otras creencias islámicas, se exacerbó aún más, y como lo evidencia el Día de Ashura, fue un mo-

mento decisivo y traumático para los musulmanes chiitas medievales.

Las consecuencias del incidente en Karbala no pasaron desapercibidas para Yazid. Anticipando posibles venganzas, la opresión y los abusos sufridos por los chiitas aumentaron exponencialmente. Al igual que Muawiya, que identificó y masacró a miles de simpatizantes del Talib y a sus familias y con regularidad se apoderó de tierras, joyas y otras propiedades valiosas de los disidentes, Yazid terminó de eliminar a varios de los embajadores, parientes y compañeros de Husáin que aún vivían. El ejército omeya también profanó las mezquitas en las ciudades sagradas de Medina y La Meca, masacró a cientos de miles de musulmanes y violó a innumerables mujeres en esas metrópolis.

Inevitablemente, la constante proliferación del islam chiita durante los siglos siguientes generó más rondas de luchas internas hostiles a mayor escala en la comunidad. Esto, a su vez, engendró una serie de facciones radicales, como el ismailismo, precursor de la fe ismailí de los nazaríes y la llamada «Orden de los Asesinos».

Los chiitas ortodoxos rindieron tributo a doce imames. El último imam, Muhammad al-Mahdi, más conocido como el «Imam Oculto», desapareció misteriosamente en el año 940. Según los seguidores del chiismo llamado «duodecimano», o imamí, al-Mahdi nunca murió, sino que Alá le ordenó que se escondiera en una cueva bajo una mezquita en Samarra, un acontecimiento ahora conocido como «La Ocultación». Se profetizó que el «libertador mesiánico» volvería a emerger en el fin de los tiempos, momento en el que retomaría el control del mundo islámico y restauraría la justicia y la paz en la Tierra.

Los ismailíes o ismaelitas, conocidos también como «septimanos», se desafiliaron de los chiitas tras la muerte del sexto imam, Ya'far al-Sádiq (también llamado as-Sadiq), en 765. El tercer hijo de Ya'far, Musa al-Kadhim, fue nombrado el séptimo imam. No todos estuvieron satisfechos con la

elección del consejo; algunos chiitas, que se convertirían en los llamados ismailíes, apoyaban al hijo mayor de al-Sádiq, Ismail (de allí el nombre), y repudiaron rotundamente la autoridad de al-Kadhim. Dado que la visión del mundo de los ismailíes se centraba en un igualitarismo de línea dura, se oponían firmemente a los estilos de vida paganos, caracterizados por el exceso de extravagancia y libertinaje, de los califas abasíes. Para reclutar adeptos para el incipiente culto y dar a conocer el movimiento, obviamente proscrito, los septimanos enviaron *da'is*, que eran esencialmente misioneros secretos, a diversas ciudades y aldeas cercanas y lejanas.

La influencia política de los ismailíes alcanzó su punto álgido en el año 909, cuando Ubayd Alá al-Mahdí, un vástago septimano de la familia Muhammad-Talib, fundó la dinastía fatimí, el primer califato ismailí. El Imperio fatimí tenía su sede en Al-Kahira (actual El Cairo), que se traduce a «La Victoriosa», y en su apogeo, constaba de territorios en Persia, Siria, Sicilia, otras partes de Arabia Occidental, y Asia Central.

Mientras los musulmanes de la península arábiga se enzarzaban en guerras intestinas, el islam golpeó como un rayo en el Oriente Medio y África a lo largo de los siglos siguientes, y a diferencia del cristianismo, el judaísmo y el zoroastrismo, las otras religiones monoteístas de la región, se extendió por la fuerza de las armas como la forma rutinaria. El islam no acepta la conversión forzosa más de lo que la acepta el cristianismo, pero el concepto de «yihad», una guerra santa en defensa del islam, se convirtió en doctrina incluso en vida del profeta Mahoma. El concepto de defensa se interpretó en un sentido amplio y preventivo para permitir a los seguidores de Mahoma conquistar la península arábiga e invadir las tierras de los imperios persa y bizantino.

La religión, sin embargo, probablemente no fue la principal motivación. Arabia poseía tierra cultivable, agua y recursos limitados, mientras que las fértiles llanuras de Siria, Palestina y Mesopotamia se encontraban, tentadoramente, al

norte. A los pueblos conquistados se les permitía, por lo general, conservar su religión y sus leyes, siempre y cuando pagaran la *yizia*, el impuesto per cápita que se imponía a los hombres adultos y libres no musulmanes (denominados *dhimmi*), y que era considerablemente más alto que el que pagaban los musulmanes. Así lo prescribía la ley coránica. En la práctica, la mayoría adoptaba la religión del conquistador para evitar el pago del impuesto y por las ventajas sociales y comerciales que confería la adopción de la religión del Estado.

La yihad tiene una fuerte presencia en la historia del islam y es, de hecho, una característica continua de los conflictos de los grandes imperios moriscos que se expandieron por el mundo. Existe una tendencia en la erudición moderna a enfatizar la yihad como una lucha espiritual e interna hacia la perfección, pero como señaló el historiador David Cook: «Al leer la literatura musulmana —tanto contemporánea como clásica— se puede ver que la evidencia de la primacía de la yihad espiritual es insignificante. Hoy en día es seguro que ningún musulmán que escriba en una lengua no occidental (como el árabe, el persa, el urdu), afirmaríajamás que la yihad es principalmente no violenta o que ha sido reemplazada por la yihad espiritual. Tales afirmaciones las hacen únicamente los eruditos occidentales, principalmente los que estudian el sufismo y/o trabajan en el diálogo interreligioso, y los apologistas musulmanes que intentan presentar el islam de la manera más inocua posible».³

Como en tantas otras civilizaciones, la guerra trajo consigo ventajas materiales. El islam no permitía la esclavización de musulmanes, pero sí permitía que se esclavizara a los no musulmanes como botín de guerra, por lo que la práctica de la esclavitud, ya endémica en la Arabia preislámica, se afianzó en la sociedad islámica. El islam también conservó la poligamia y el concubinato de las sociedades árabes politeístas, y la esclavitud sexual era común. Se esperaba que los esclavos se convirtieran al islam, si bien, estrictamente hablando, no

se suponía que se los obligase. La vida como esclavo de un amo árabe no siempre era opresiva; los hombres con talento podían llegar a convertirse en administradores de confianza para las propiedades de sus señores, o incluso en funcionarios del gobierno. La suerte de las mujeres era más onerosa, pues los juristas islámicos permitían a los amos usar a sus esclavas como quisieran. Unas pocas mujeres selectas podían convertirse en esposas legales y disfrutar de un estatus y privilegios considerables.

A pesar de las cargas e indignidades impuestas a los pueblos conquistados, el islam también trajo consigo ciertas ventajas, al menos para los árabes y musulmanes conversos. Todos los miembros de la comunidad de fe islámica, la *Ummah*, eran iguales ante Alá, y todos, fueran príncipes o mendigos, estaban obligados a observar la ley de Alá. El más importante señor que actuaba injustamente podría ser condenado públicamente e incluso depuesto, y al más mezquino de sus súbditos no se le podía prohibir apelar a la ley de Alá en contra de su señor.

El islam enseñaba la compasión hacia los pobres y desfavorecidos, la dignidad esencial de cada humano ante Alá, y la tolerancia religiosa. El gobierno islámico estaba basado en el concepto de *al-Shura* («consulta»), y los juristas aconsejaban a los gobernantes que gobernaran con deferencia y respeto a las necesidades, consejos y opiniones de sus súbditos. Por supuesto, estos elevados principios no siempre se observaron, y su incumplimiento jugó un papel importante en la historia de los moros.

Mahoma era considerado el líder terrenal de la Ummah, y cuando murió, su suegro, Abu Bakr, fue elegido *Khalifah* («Califa, Sucesor»). El califa no era una especie de papa o emperador; no tenía el poder de interpretar la ley de Alá, solo de hacerla cumplir y protegerla. La tarea de interpretar la ley en circunstancias particulares le correspondía a los *ulemas*, una especie de colegio de juristas islámicos que publicaban sus sentencias como *fatwas*. Una fatwa podía sustituir

el decreto del califa e incluso podría deponer a un gobernante que se considerara que desafiaba a los ulemas.

Aunque el califato estuvo dirigido inicialmente por árabes, la fuerza que unía su imperio no era la etnicidad sino la religión. Como lo dijera Edward Gibbon en *La historia de la decadencia y caída del Imperio romano*: «Bajo el último de los omeyas, el Imperio árabe se extendía doscientos días de viaje de este a oeste, desde los confines de Tartaria y la India hasta las costas del Océano Atlántico (...) Debemos buscar en vano la unión indisoluble y la fácil obediencia que impregnaban el gobierno de Augusto y los Antoninos; pero el progreso del Islam difundió en este amplio espacio una semejanza general de modales y opiniones. El idioma y las leyes del Corán se estudiaron con igual devoción en Samarcanda y en Sevilla: el moro y el indio se abrazaron como paisanos y hermanos en la peregrinación a La Meca; y el idioma árabe fue adoptado como idioma popular en todas las provincias al oeste del Tigris».

El califato invadió África por primera vez en el año 639. Egipto era rico, fértil, y el granero del Imperio bizantino, y tras la caída de Alejandría, los árabes procedieron a conquistar, en 642, Cirenaica y Tripolitania (Libia). Allí el ejército se detuvo, a pesar del afán por seguir adelante, por temor a perder el control de Egipto, así que no fue hasta el año 647 que un nuevo ejército atacó el exarcado romano de África Bizacena (actual Túnez) y partes de Mauretania y Numidia. El Imperio bizantino estaba dividido en un conflicto religioso, y el exarca Gregorio había declarado la independencia, no solo en apoyo a la ortodoxia cristiana, sino también en vista de la incapacidad del emperador para defender el norte de África. Gregorio murió en la batalla de Sufetula, y los bizantinos se retiraron a sus fortalezas ante 20.000 árabes. Los invasores no pudieron superar las fortalezas de los defensores y se retiraron del exarcado a cambio de fuertes cantidades de oro.

En 661, Muawiya, de la dinastía omeya, arrebató el califato a Hasan, nieto del profeta Mahoma. El nuevo califa estaba más interesado en extender el dominio del islam hacia Anatolia y Asia, y no fue hasta el año 670 que un ejército árabe reanudó la invasión de África. Para entonces, los bizantinos, gravemente mutilados por la invasión de 647, no eran capaces de extender su autoridad más allá de las ciudades costeras, como Hipona Regia (la actual Annaba) y Cartago. El vacío fue llenado por una serie de estados autónomos cristiano-bereberes. La mayor parte de Mauretania (Argelia y Marruecos) ya estaba gobernada por reinos bereberes (Altava y Quarsenis) que se independizaron tras la invasión vándala del siglo VI.

La reina Dihia (Kahina para los árabes) de los bereberes zenatas de Jarawa, gobernó un reino en las montañas Aurés y resistió la invasión árabe durante cinco años. Si bien se sabe que Dihia existió, la mayoría de los demás detalles son materia de leyendas. Los musulmanes, sin duda sorprendidos de su fuerza y su capacidad para derrotar a los ejércitos de Alá, creían que era una hechicera, pero su final derrota en la batalla de Tabarka hacia el 702, acabó con el poder militar bereber. Para ese entonces, los árabes habían tomado las fortalezas bizantinas, incluida Cartago, que el general árabe Hassan arrasó. Icosium (Argel) cayó en el año 700, y nueve años después los invasores alcanzaron la costa atlántica.

Los conquistadores árabes llamaron a su nuevo dominio *al-Maghreb*, “El Oeste”, y establecieron su base en Cairuán, en lo que ahora es Túnez (llamada *al-qayrawān* por los árabes). Reconociendo la tenacidad de las tribus bereberes asentadas en las tierras altas de Numidia, formaron alianzas con ellas, tentándolas con la perspectiva del botín bizantino. Estos bereberes, conformados por cristianos, paganos y judíos, aceptaron en su mayoría el islam, y así nació la unión árabe-bereber que estableció al pueblo conocido en Europa como los moros.

Los moros del califato

Los líderes musulmanes de Arabia creían que el califato debía ser un imperio árabe. Las enseñanzas del Profeta proclamaban la igualdad de todos los creyentes, pero ellos no sabían cómo traducir eso a la realidad, y los conversos no árabes eran tratados como musulmanes de segunda clase, poco mejor que los no creyentes. De hecho, los califas omeyas trataron a los bereberes como si fueran infieles, imponiéndoles la *yizia* y exigiendo impuestos a los esclavos. Esto no era cuestión de simple ineptitud, era una contradicción directa a la ley islámica, y la causa de mucho descontento y agitación en todo el califato.

Esta política fue el resultado del intento de mantener a los árabes como la clase dominante. La mayor carga de los impuestos recaía sobre los súbditos no musulmanes, pero a medida que estos se convirtieron, la fuente de ingresos disminuyó rápidamente y, por ende, los árabes vieron que no tenían más opción que imponer la *yizia* incluso a los conversos. Los orgullosos bereberes se tomaron la imposición especialmente mal, particularmente porque se les había prometido una parte de la riqueza del califato a cambio de convertirse y engrosar las filas de sus ejércitos. En la invasión de la Península Ibérica (Capítulo 4), los gobernadores árabes del Magreb encomendaron a los bereberes las tareas más onerosas, pero les dieron una parte menor de los despojos que la de sus amos árabes. En 718, el califa Úmar II reconoció la amenaza que representaban los bereberes hostiles y otros no árabes, y prohibió que se les impusiera la *yizia*, pero su sucesor, Hisham, al sufrir reveses militares volvió a imponerla en el año 724, alegando arteramente que no se aplicaba a las

personas sino a sus tierras (este tipo de impuesto se denominaba *jaraý*).

Las políticas de los omeyas encontraron resistencia, y comenzaron a surgir movimientos religiosos que abogaban por su derrocamiento y la reforma del califato sobre la base de la igualdad de todos los pueblos y la fidelidad a la ley de Alá. Estallaron revueltas locales, especialmente en al-Ándalus (España musulmana), y en el año 721, Yazid, el gobernador árabe de Cairuán, fue asesinado tras reimponer el odiado impuesto incluso antes de que lo hiciera el propio califa Hisham.

La gota que derramó el vaso llegó en 740 cuando Omar, el vicegobernador de Tánger, decretó que los bereberes en su distrito debían ser considerados un pueblo conquistado y, por consiguiente, sujetos a la confiscación de bienes y a la esclavización. Las tribus de Mauretania occidental se levantaron lideradas por Maysara al-Matghari. En ese momento, el grueso del ejército dirigido por los árabes estaba ocupado en Sicilia, y Tánger fue conquistada y el detestado Omar, asesinado. Maysara se proclamó califa y desató una serie de campañas a lo largo y ancho de la tierra hoy conocida como Marruecos, matando a los gobernadores omeyas a su paso.

El gobernador árabe del Magreb en Cairuán, Ubayd Allah ibn al-Habhab, retiró inmediatamente sus fuerzas de Sicilia. Disensiones en el bando bereber llevaron al derrocamiento de Maysara, y su reemplazo, Jálid, aniquiló a una fuerza de caballería enviada para contener a los bereberes en Tánger hasta que la fuerza siciliana regresara. El encuentro se conoció como la «batalla de los nobles», puesto que destruyó a la aristocracia árabe.

Habib, comandante de la fuerza que debía invadir Sicilia, regresó a África y la encontró en estado de pánico. No pudo hacer más que atrincherarse en Tremecén (noroeste de Argelia) y pedirle refuerzos al califa en Damasco. En febrero de 741, el califa Hisham envió unos 30.000 hombres bajo el mando de un nuevo gobernador de África, Kulthum ibn Iyad

al-Qasi. El grueso de su ejército estaba conformado no por árabes, sino por sirios que mantenían un desprecio ancestral hacia la clase gobernante árabe, y su presencia se consideraba casi tan indeseada como la de los bereberes. Los comandantes sirios desdeñaban a árabes y bereberes por igual, y se necesitaron todas las habilidades diplomáticas de Kulthum para evitar un levantamiento en su contra.

Los sirios estaban seguros de que aplastarían a los rebeldes bereberes, cuyo ejército alcanzaba probablemente los 200.000 efectivos. Los sirios y árabes combinados solo sumaban 70.000, pero muchos de los bereberes no tenían armadura y sus únicas armas eran cuchillos. Afeitaban sus cabezas a la manera de fanáticos religiosos y a Kulthum le parecían desorganizados e indisciplinados. Habib y los pocos comandantes africanos que quedaban exhortaron al gobernador a no enfrentar a los bereberes en batalla abierta, y en su lugar aconsejaron tácticas defensivas, pero éste no quiso escucharlos. Instado por sus subordinados sirios, se dispuso a entablar combate con el ejército rebelde. Los dos ejércitos se enfrentaron en Bagdoura, cerca de la actual Fez, en octubre de 741.

Desde el comienzo de la lucha, fue evidente que Kulthum y los sirios habían subestimado gravemente a los bereberes. Los escaramuzadores, armados con hondas y sacos de guijarros, consiguieron desmontar a la caballería de élite siria, y los que acudieron en ayuda de los guerreros desarmados fueron igualmente emboscados. Los bereberes condujeron caballos enloquecidos por bolsas de agua y correas de cuero atadas a sus colas hacia la caballería siria, creando confusión. Lo que quedaba de la formación de la caballería se reunió y cargó furiosamente contra la infantería bereber, que los sorprendió al separarse para permitirles entrar a través de sus líneas y luego cerrar filas de nuevo, separando así a los jinetes de la infantería. El grueso de los bereberes cayó entonces sobre la infantería mientras una retaguardia repelía a la caballería. Los comandantes árabes y sirios fueron objetivos

específicos en el ataque y, una vez muerta la mayoría de ellos, las líneas colapsaron. La caballería siria también sucumbió y la derrota fue general. Murieron casi 40.000, entre ellos el gobernador Kulthum y Habib, el general que había aconsejado no librar la batalla.

Los omeyas no sobrevivieron por mucho a la batalla de Bagdoura; en el año 747, Abu Muslim, un general persa, lideró una revuelta contra la dinastía, que fue ampliamente apoyada tanto por los árabes cansados de la mala gestión, la corrupción y los reveses militares, como por los no musulmanes a quienes se les había prometido la igualdad. En la batalla de Zab (25 de enero de 750) en Mesopotamia, Abu Muslim derrotó al califa Murawan II y se proclamó califa él mismo. Así comenzó el reinado de los abasíes (o abásidas), llamados así en honor al tío de Mahoma, Al-Abbas ibn Abd al-Muttalib, de quien Abu Muslim decía ser descendiente. El nuevo califa estableció su corte en Bagdad en lugar de Damasco, y proclamó el fin del estatus privilegiado de los árabes, descentralizó el califato e incorporó a musulmanes no árabes en el gobierno.

El califato revitalizado recuperó cierto grado de control sobre la provincia de África (Túnez y el este de Argelia), pero en Mauretania los bereberes permanecieron independientes. En el territorio de lo que ahora es Marruecos, surgieron varios estados. El más grande y poderoso de ellos fue establecido por Idrís, un sobreviviente de la batalla de Fakhkh (cerca de La Meca, 11 de junio de 786), donde los abasíes suprimieron un intento de instalar como califa a Al-Husayn ibn Alí, otro descendiente del Profeta Mahoma. El propio Idrís era descendiente del Profeta, y construyó la ciudad de Fez, donde se estableció como emir. Se le considera comúnmente como el fundador del estado marroquí, aunque el nombre en sí no se utilizaría hasta mucho después. Los idrisíes persuadieron a los colonos árabes a regresar a la región y utilizaron a los árabes como visires (ministros), renovando así la unión de árabes y bereberes, pero en términos

más equitativos. Bajo los emires idrisíes, el progenitor del estado marroquí dominó la región hasta el 927.

La llegada de los moros a España

Los túrdulos, un pueblo ibérico prerromano, de quienes se dice eran los habitantes más civilizados de la región en su época, se asentaron en Granada entre los años 2000 y 1500 a. e. c. Establecieron comunidades y cultivaron la tierra que bordeaba lo que en un futuro se convertiría en la colorida y próspera ciudad. Para los túrdulos, sin embargo, su hogar se llamaba Ihverir. En esta creciente ciudad, los túrdulos convivían con sus vecinos los fenicios, quienes tenían pequeñas colonias esparcidas a lo largo de la costa.

En el 550 a. e. c., las décadas de paz y armonía en Ihverir se vieron interrumpidas por la imprevista invasión de los cartagineses, que venían de la antigua ciudad de Túnez, en el norte de África. Las riendas del poder no tardaron en ser arrebatadas de las manos de los fenicios, y cayeron cómodamente en las palmas de los cartagineses. Pronto surgiría de las cenizas una ciudad mixta, conocida como «Elbyrge».

Aproximadamente tres siglos después, los romanos descendieron sobre Elbyrge y, una vez más, el control de la ciudad cambió de manos. Los romanos transformaron la ciudad en una municipalidad, bajo la autoridad de un gobierno local. La ciudad fue rebautizada en latín como *Florentia*, que significa «ciudad llena de flores y frutas». Comprensiblemente, esta intrigante ciudad cubierta de exuberantes prados, hermosos bosques, un verdor resplandeciente y un paisaje sensacional, era una en la que todos tenían puesta la mirada.

Mientras la ciudad (conocida entonces también como Ilíberis) estuvo bajo el dominio romano, la falta de atención y seguridad designada a la ciudad facilitó que los que la observaban desde fuera se abalanzaran sobre ella cuando estuvo más vulnerable. El punto de quiebre llegó en el siglo V, durante el lento pero definitivo desmoronamiento del Imperio romano, y no pasó mucho tiempo antes de que los visigodos olfatearan una nueva

oportunidad. Los visigodos, un término utilizado para describir a las tribus nómadas germánicas, tenían una mala reputación entre los griegos y los romanos. Se los despreciaba como «bárbaros» y se los condenaba por ser «diferentes» y «poco sofisticados». Sea como fuere, los romanos parecieron tener reparos a la hora de aliarse con los visigodos. Se dijo que la posterior invasión goda de España, Francia e Italia había sido orquestada por los romanos, como un último intento de un imperio tambaleante a punto de caer.

La conquista de la Península Ibérica —la segunda península más grande del continente, que abarca la mayor parte de Portugal, España, Andorra y una pequeña porción de Francia— no fue una sola operación, sino que requirió los esfuerzos de las migraciones patrocinadas por los romanos de los suevos, alanos, vándalos, visigodos y otras tribus. Los visigodos pisaron por primera vez la península en el año 416, donde se les encomendó la tarea de reinstaurar por la fuerza la autoridad romana sobre otros invasores germánicos que habían ocupado la tierra.

Al principio, los visigodos siguieron las instrucciones al pie de la letra, pero a medida que pasaba el tiempo, parecía que después de todo sí había razón para desconfiar de ellos. En 418, fueron reubicados a Francia, donde establecieron un reino propio improvisado en Tolosa (Toulouse). Cuando, inevitablemente, tomaron conciencia de la cada vez más frágil autoridad de su empleador, se dieron cuenta de que no haría falta demasiada presión para sacar del panorama al imperio en desintegración.

En el año 429, cuando los vándalos se retiraron a África, los visigodos regresaron a lo que hoy es España y reclamaron el territorio. Los artefactos y registros que han sobrevivido del periodo visigodo (o como lo llaman los historiadores, «visigótico»), que habrían arrojado luz sobre las estadísticas precisas de la población bajo su dominio, son extremadamente limitados. No es mucho lo que puede deducirse a partir de las pocas monedas, oro y plata que quedaron de este misterioso periodo.

Si bien no pueden determinarse con certeza sus contribuciones, desde entonces se han sacado algunas conclusiones. A diferencia de los vándalos, se piensa que los visigodos fueron go-

bernantes más eficaces, dado que la ciudad floreció rápidamente en tamaño y población. Granada se convirtió por primera vez en una base militar. Mientras tanto, el cristianismo también había comenzado a desplegar sus alas. El fortalecimiento militar de los visigodos ha llevado a muchos a creer que Granada fungió como capital de la provincia, incluso en aquel entonces. Alrededor de la misma época, también emigraría a la ciudad una pequeña colonia de judíos que reclamó como propio ese rincón, llamado «Garnata al-yahut».

En el Reino visigodo, el rey era elegido como el «jefe» del pueblo por «pares aristocráticos», los potentados más importantes. No solo defendía los intereses de sus súbditos, también ejercía como el general de la guerra. Para unificar la religión en el reino, se derogó la ley que permitía el matrimonio entre visigodos e hispano-romanos, con la intención de consolidar a la ciudad en el arrianismo. Este era una interpretación visigoda del cristianismo, que veía a Cristo como un gran profeta, pero que prescindía de la creencia de la Santísima Trinidad. Este periodo de arrianismo no duró mucho tiempo, y los posteriores líderes visigodos pronto declararon al catolicismo la religión oficial del reino.

Los visigodos permanecieron en el poder hasta los primeros años del siglo VIII, pero muchos intentaron arrebatarles la región. Todos estos intentos acabaron fracasando, con una importante excepción. La conquista omeya o conquista musulmana de la Península Ibérica se mencionó por primera vez en una fuente cristiana, la *Crónica del 754* (o *Crónica mozárabe*), escrita durante ese año. Aunque el contenido del libro era vago, hacía referencias a una conquista que se caracterizó por «expresiones de horror y dolor». Un poco paradójicamente, el mismo relato también pintaba a los mismos invasores convertidos en gobernantes, como «gobernantes legítimos».

La mayoría de las teorías sobre el trasfondo de lo que incitó la aparentemente improvisada conquista han girado en torno a cuatro escenarios diferentes. La primera teoría afirma que el ataque fue diseñado simplemente para probar la fuerza de las fuerzas visigodas. Otra, teoriza que las fuerzas africanas habían sido enviadas para apoyar a un determinado bando en la guerra

civil del momento, ya que sus esfuerzos ayudarían a construir un puente sólido para futuras alianzas y conquistas. Otros afirmaron que habría sido el primero de una serie de ataques, en el marco de una invasión premeditada para ampliar el territorio musulmán. Otros creían que se trataba de una invasión mayor de carácter excepcional, pero que no estaba planificada ni motivada por ninguna «intención estratégica».

Una causa más perturbadora del ataque fue hallada en el relato del siglo IX del historiador egipcio musulmán Ibn' Abd al-Hakam. En dicho relato, «Julián», conde de Ceuta y un gobernante cristiano con base en el norte de África, se dirigió a Táriq ibn Ziyad, el gobernador árabe de Marruecos, con una sorprendente propuesta. Julián, que en ese momento era un padre dolido y sacudido por una furia inimaginable, habría supuestamente solicitado a Ziyad su ayuda para la conquista. Julián acusaba al rey Rodrigo, el tiránico gobernante visigodo de España que acababa de subir al trono en el año 710, de un crimen atroz. Al parecer, Rodrigo, que había conseguido expulsar del trono al anterior rey, Witiza, en un feroz golpe de estado, no era solo un dictador cruel y hambriento de poder, sino también un depredador sexual. Rodrigo había violado a la hija de Julián, y su padre, ahora en busca de venganza, no quería otra cosa que «enviar a los árabes contra él».

El mismo relato, cuya autenticidad continúa siendo discutida, ilustraba cómo Julián había proporcionado los barcos, armas, y todo el equipo necesario para transportar a los musulmanes a ultramar. Otros relatos sugirieron que los judíos desempeñaron un papel integral en la conquista, al ayudar a abrir las puertas y permitir la fácil entrada de sus supuestos colaboradores y «libertadores» musulmanes. Lo que es aún más convincente, algunos teóricos agregaron que el pueblo judío pareció no tener problema para adaptarse a la vida bajo los nuevos invasores musulmanes.

En el año 711, el joven y prometedor general Ziyad llegó con su enorme ejército de 7.000 – 10.000 soldados. Desembarcaron en lo que ahora se conoce como Gibraltar, en la punta meridional de la península, y cuyo nombre deriva de su anterior apelativo, *Jabal At-Tariq*, o «Roca de Táriq». A pesar del impresio-

nante tamaño de las fuerzas de Ziyad, sus tropas no hicieron saltar alarmas, pues el que barcos de ese tamaño navegaran por el estrecho era algo relativamente común.

El ejército de Ziyad estaba compuesto esencialmente de soldados árabes y bereberes; estos últimos hablaban una mezcla de lenguas afroasiáticas y en su mayoría pertenecían a la fe musulmana sunita. Cuando el ejército se lanzó en su emboscada sorpresa, las tropas defensivas se apresuraron a posicionarse. Puede que se tratara de un territorio extranjero, pero Ziyad y sus hombres atravesaron arrasando la ciudad, mientras las defensas, que habían sido sorprendidas con la guardia baja, luchaban por evitarlo. El 25 de julio de 712, el fragoroso conflicto llegó a su punto crítico en un acontecimiento ahora conocido como la «batalla de Guadalete».

Los cronistas más cercanos a la época parecían estar de acuerdo en que el número de las tropas de Rodrigo era mucho mayor a las de Zayid. Un relato incluso afirmaba que Rodrigo tenía hasta 100.000 hombres en su arsenal, pero los historiadores modernos ubican la cifra más cerca de los 33.000. El ejército defensor visigodo estaba dividido en dos clases. La primera era la caballería noble, bien equipada con robustas armaduras de cota de malla y relucientes armas que incluían espadas, hachas y lanzas recién afiladas, mazas que blandían sobre sus cabezas mientras cargaban sobre sus monturas contra el enemigo. La otra clase, la infantería visigoda, constituía casi el 80% del ejército y estaba compuesta en general por los hombres más pobres de la ciudad. Aunque habían recibido el entrenamiento adecuado, carecían de armadura suficiente y empuñaban armas de segunda clase, como lanzas, garrotes, hondas, arcos y flechas, y otras armas rudimentarias que no se comparaban con las de los hombres de Ziyad.

Independientemente de su número, las fuerzas visigodas se enfrentaban a algo muy por encima de sus capacidades, pues la mayoría de los soldados carecía de experiencia de primera mano en el campo de batalla. La mañana de la batalla, Ziyad insufló nueva vida a su ejército con un discurso vigorizante en el que, rebosante de confianza y seguridad, les aseguró que la victoria estaba cerca. Les dijo a sus hombres que no se dejaran

intimidar por la muerte: si la Parca se los llevaba, más pronto disfrutarían de los frutos de su recompensa en el más allá. Juró pelear a su lado, y prometió conseguir la cabeza del despiadado rey Rodrigo.

Con la adrenalina recorriendo sus sistemas y las palabras de Ziyad resonando en sus oídos, las fuerzas musulmanas iniciaron la batalla final. Repelieron las tropas visigodas hasta media mañana y pronto las expulsaron con fuego de proyectil. La racha ganadora de Ziyad continuaría ininterrumpida el resto del día, lo que provocó que las fuerzas visigodas, gravemente mermadas, retrocedieran y se reagruparan en numerosas ocasiones a lo largo de la batalla. Finalmente, a medida que las fuerzas defensivas continuaban debilitándose, los hombres de Ziyad consiguieron rodear el cuartel general godo.

Fue allí, tal y como lo había prometido, que Ziyad entró sobre su caballo al aislado palacio y se dirigió directamente hacia Rodrigo. Se enfrentaron los dos en una larga refriega hasta que Ziyad golpeó con su fiel cimitarra el costado del yelmo de Rodrigo, haciendo que el rey visigodo saliera volando de su lujosa montura incrustada de rubíes. El cuerpo de Rodrigo se desplomó al suelo y desapareció bajo el caótico mar de cascos, para no volver a ser visto. También se dice que un número abrumador de la élite visigoda fue masacrado por los hombres de Ziyad.



Representación de la caballería bereber arrollando a los visigodos durante la batalla

Al verse sin líder, lo que quedaba de los visigodos se rindió rápidamente y huyó buscando refugio en Écija, cerca de Sevilla. Los musulmanes se regocijaron en las calles y pronto ocuparon el trono de Rodrigo; a partir de entonces, dominaron la Península Ibérica, que los nuevos líderes llamaron «al-Ándalus». El reino experimentó otra drástica transformación en el nuevo reinado que se desarrolló: la dinastía omeya andalusí. En los años siguientes, la nueva dinastía entró en lo que se conoce como la «Edad de Oro del islam».

Los moros colonizaron al azar partes de la Península Ibérica a medida que la iban conquistando, pero mantuvieron una fuerte población en la región de Córdoba, que convirtieron en el centro de gobierno. Se referían a su nueva patria como al-Ándalus, conocida como Andalucía para los cristianos a partir del siglo XIII.

En los años siguientes, la dinastía omeya expandió su territorio desde el Atlántico hasta los Pirineos, y aunque la capital de la dinastía estaba en Kurtuba, su monumental imperio se dividiría en once reinos, que incluían Al-Ubushna, Ishbiliya, Kadis, Tarif, Balansiyya, Al-mariyya, Gharnatah y otros. Fue en este reino de rápida prosperidad que la Edad de Oro islámica, un estallido brillante de avances científicos, culturales y filosóficos, propulsaría a la dinastía.

La Edad de Oro del islam duró entre los siglos VIII y XIII. El imperio islámico había encontrado una manera única de hacerse famoso, al albergar una comunidad multicultural considerada muy adelantada a su tiempo. Fue una de las primeras versiones de una «civilización universal», pues acogió a una población de «pueblos tan diversos como los chinos, los indios, los pueblos del Oriente Medio y África, africanos negros, y europeos blancos».

Esta mezcla deliberada de culturas activó el surgimiento de una nueva ola de ingenieros, académicos, poetas, filósofos, geógrafos, mercaderes, y otros grandes pensadores. Al incorporar ingredientes de su tradición norteafricana y fusionarlos con las multifacéticas culturas de su recién reclamado territorio, la Iberia morisca pudo realizar fantásticos avances en una gama de campos como la agricultura, las artes, las ciencias, la navegación, la filosofía, la tecnología, y más. Pronto se labró un nombre en el mundo musulmán como el principal centro para la ciencia, la educación y los negocios.

Una de las aportaciones más significativas y transformadoras producidas durante este periodo fue la invención del papel. Hasta entonces, solamente los chinos conocían esta receta sagrada, pero las autoridades musulmanas lograron extraer la información de los prisioneros de guerra tras la batalla de Talas, en el 751. Los moros mejoraron el invento al alterar la receta para adecuarla a sus necesidades, sustituyendo por almidón la corteza de morera que solían utilizar los chinos. Esto fue útil porque los moros preferían usar plumas, mientras que los chinos optaban por los pinceles.

La súbita explosión de conocimiento, así como las nuevas y mejoradas creaciones, se abrieron paso hasta Bagdad y Samarcanda. Para el año 900, habían surgido cientos de bibliotecas públicas y tiendas repletas de escribas y encuadernadores en toda Bagdad. Fue desde esa ciudad que el conocimiento, en continuo desarrollo, junto con el oficio de la fabricación de papel acabaría llegando a través del mar hasta el reino moro en al-Ándalus.

Los moros andalusíes se pusieron manos a la obra de inmediato, y jugaron un papel instrumental en las contribuciones generadas en la Edad de Oro. En el siglo IX, el inventor Abbás Ibn Firnás diseñó uno de los primeros artilugios voladores del mundo, siglos antes de que Da Vinci creara el suyo. El artilugio de Firnás, que era básicamente un mecanismo extraño con alas y que recordaba un poco a un disfraz de pájaro, aunque seguro que hoy levantaría algunas cejas, fue aplaudido por sus contemporáneos. Ante los vítores y gritos de la multitud cautivada, Firnás consiguió despegar y volar durante unos pocos, y satisfactorios, segundos, antes de caer en picada y fracturarse parcialmente la espalda.

Otro ejemplo entre las grandes mentes de la España musulmana es Ibn al-Awwam («Abú Zacarías»), un andalusí erudito en agronomía y botánica, autor del célebre «Libro de la agricultura» (*Kitab al-Filaha*), en el que, entre una amplia riqueza de información, identificó más de 500 especies de plantas.

Entre las invenciones notables de la España morisca durante este increíble periodo se encuentra también el molino «de puente», un molino de agua que hacía parte de la estructura de un puente. También impartirían su sabor a los instrumentos musicales: se dice que la guitarra moderna se inspiró en el instrumento árabe llamado *oud* (una especie de laúd), que fue luego introducido en la Iberia medieval como la «guitarra morisca». Puede encontrarse más evidencia de la combinación de las culturas en el arte, la literatura y la arquitectura de la época.

La astronomía, la medicina y las matemáticas aplicadas fueron otros campos en los que los aportes de los andalusíes y demás miembros de esa comunidad produjeron enormes avances

que beneficiarían al mundo entero. Un claro ejemplo de esto: los numerales árabes fueron introducidos en Europa a través de la España islámica. A medida que las noticias sobre los numerosos avances y triunfos científicos en esta región se filtraban más allá de las fronteras andalusíes, científicos y eruditos de todo el continente acudieron al reino morisco para darse un chapuzón en las refrescantes aguas de los nuevos conocimientos.

Los moros también ayudarían a revitalizar la debilitada economía de la región. Fundaron la industria de la seda en al-Ándalus y consolidaron el territorio de la actual España como un centro de producción de la seda. También incursionarían en la producción de una amplia gama de otros materiales y bienes como el algodón, el satén, las pieles, la pimienta, el papel, el cristal, los jabones, los mapas y los relojes, entre muchos otros. Bajo la autoridad morisca, también se construyeron nuevas bibliotecas (entre ellas la más grande de la Edad Media), centros educativos, y baños públicos para el pueblo.

La presencia de los moros en Iberia también ha sido elogiada por la paz y estabilidad que trajo la dinastía omeya, cuyo califato duró desde aproximadamente el 756 hasta el año 1031. Sería el príncipe Abd al-Rahman I, o Abderramán I, único sobreviviente de los omeyas tras el ascenso al poder de los abasíes en el califato de Damasco, quien fundaría el primer emirato independiente en al-Ándalus. El emirato de Córdoba se convirtió en uno de los territorios europeos más prestigiosos gobernado por un monarca islámico dinástico. También se dice que Abderramán fue clave para unificar a los líderes musulmanes esparcidos por toda la Europa islámica y convencerlos de que unieran sus poderes en uno, gobernando así como una sola entidad.



El emir Abderramán I

Según los cronistas antiguos, los musulmanes, cristianos y judíos en la España morisca vivían en una sociedad que promovía la armonía mediante la tolerancia religiosa. Si bien los historiadores modernos concuerdan en que, efectivamente, se ejercía algún tipo de tolerancia y aceptación, lo que se practicaba era, de hecho, una visión anticuada de la igualdad. El historiador Bernard Lewis es quien mejor resume el estatus de los

no musulmanes, en un extracto de su libro *Los judíos del islam*: «La ciudadanía de segunda clase, es un tipo de ciudadanía. Implica algunos derechos, pero no todos (...) Un estatus reconocido, si bien de inferioridad ante el grupo dominante, que está reconocido por la ley, reconocido por la tradición y confirmado por la aprobación pública, no debe ser despreciado».

En términos generales, los no musulmanes de la España morisca disfrutaban de un cierto grado de libertad, siempre y cuando se adhirieran a una serie de reglas especiales. Aunque estas restricciones y regulaciones puedan parecer inconcebibles en la actualidad, los no musulmanes estaban mucho mejor que otros pueblos conquistados y prisioneros de su época. A diferencia de otros que habían sido amedrentados por cambios abruptos en la gestión, los no musulmanes y paganos no fueron esclavizados, ni se les relegó a vivir en guetos de mala muerte. No se les exigía convertirse, ni eran castigados, penalizados o ejecutados por sus creencias. Eran bienvenidos en casi todas las profesiones, y podían contribuir como quisieran a la floreciente cultura. Si bien este era el caso, la mayoría de los no musulmanes buscaban fuentes de ingresos menos deseables, como el trabajo en carnicerías y en el curtido de pieles, pero también hubo quienes optaron por trabajar en la banca y en el manejo de dinero.

Para identificar a los no musulmanes (cristianos, judíos y zoroastras libres) y a los paganos (los considerados idólatras, politeístas, o los ateos) de la zona, conocidos como *dhimmi* y *majus* respectivamente, las autoridades les exigían llevar insignias prendidas en el pecho o en las mangas. La construcción de nuevos lugares de culto no musulmanes se detuvo o se restringió. A los *dhimmis* y *majus* se les prohibía portar armas, legar o heredar cualquier propiedad de musulmanes, y tener esclavos musulmanes. El pagano o no musulmán promedio no podía comparecer, proporcionar evidencia o testificar en un tribunal de justicia, y recibía menores indemnizaciones por lesiones y otros asuntos similares que sus homólogos musulmanes. Las restricciones incluso abarcaban las leyes matrimoniales; mientras que los hombres no musulmanes tenían prohibido casarse con mujeres musulmanas, los musulmanes eran libres de intercambiar

votos con mujeres *dhimmi* o *majus* si así lo querían (esto se permitía porque los hijos producto del matrimonio sí serían musulmanes).

Aparte de las normas mencionadas, a los *dhimmis* y *majus* se les permitía llevar sus vidas, bajo las siguientes estipulaciones: en primer lugar, debían reconocer plenamente la autoridad islámica, y aceptar la superioridad de sus nuevos líderes. A cambio de su libertad de culto, también se les exigía que fueran respetuosos con la fe musulmana, así como con otras religiones. No podían hablar mal de ninguna otra religión, particularmente el islam, y se esperaba que permanecieran dentro de los límites de su propio ámbito religioso. Cualquier intento de conversión a cualquier otra fe que no fuera el islam estaba completamente fuera de discusión. Por último, como ya se ha mencionado, se les ordenaba pagar un impuesto especial a las autoridades musulmanas, llamado *yizia*. No estaban exentos de ningún otro impuesto, y por lo general se les imponían tarifas y tasas de interés más altas.

Los *dhimmi* y *majus* no estaban contentos con estas exigencias, pero podían arreglárselas sin mayor dificultad. Poco a poco, comenzaron a tolerar e incluso disfrutar de la cultura musulmana extranjera, y viceversa. Los cristianos que aprendían voluntariamente la lengua árabe, adoptaban nombres árabes y ciertos usos y costumbres musulmanas, eran conocidos (por los cristianos de los reinos del norte de España) como «mozárabes».

Desafortunadamente, no todos los gobernantes moriscos fueron tan tolerantes. Al-Mansur, o Almanzor (c. 939 – 1002), un militar y político andalusí que amasó tanto poder que llegó a convertirse en gobernante de facto durante el reinado del califa Hisham II y, efectivamente, en el hombre más poderoso de la Península, expresó un desprecio mucho más abierto hacia los *dhimmi*. Durante su tiempo en el poder, ordenó el saqueo, incendio y destrucción de varias de las iglesias *dhimmi*, y posteriormente endureció las ya estrictas regulaciones con la intención de oprimir más a los no creyentes.

Los cristianos, en particular, fueron especialmente despreciados por las nuevas autoridades musulmanas. Las nuevas restricciones impuestas sobre ellos parecían francamente mezquinas. Ya no se les permitió construir o vivir en casas que fueran más altas que las de sus vecinos musulmanes. En las calles, estaban obligados por ley a apartarse del camino de cualquier musulmán que se cruzase con ellos. Peor aún, a los cristianos y judíos se les prohibió exhibir en público cualquier símbolo de su fe. El simple hecho de ser visto con una Biblia podía significar una pena severa, o incluso la ejecución.

La animosidad contra los no musulmanes solo se intensificó a partir de entonces, y la tensión llegó a un punto crítico cuando estalló una carnicería que se considera el primer pogromo en Europa, el 30 de diciembre de 1066. Los judíos sefardíes residentes de Granada, en la actual España, fueron blanco del ataque inesperado de una furiosa turba de musulmanes. Los atacantes masacraron a más de 1.500 familias judías, 4.000 habitantes aproximadamente. Poco antes, la muchedumbre había irrumpido en el Palacio Real y capturado a Yusuf ibn Nagrela (o José Ben Nagrela), visir del rey de Granada. Nagrela se resistió y retorció, gritando por ayuda, pero finalmente fue crucificado a manos de sus secuestradores. La llamada “masacre de Granada” fue la primera persecución contra los judíos de la Península bajo el gobierno islámico.

El asesinato en masa del pueblo judío ciertamente contribuyó en gran medida a la disminución del poder y la autoridad de los moros, pero los líderes cristianos, que habían comenzado a notar mucho antes grietas en la armadura morisca, se habían embarcado desde siglos atrás en una muy productiva misión para recuperar lo que consideraban suyo. Al igual que con muchos otros conflictos a lo largo de la historia, la gota que derramó el vaso para los cristianos sería el aumento de los impuestos que debían pagar. El emir Anbasa ibn Suhaym Al-Kalbi decidió aumentar los impuestos alrededor del año 718 o 722, lo que provocó rebeliones y disturbios en todo al-Ándalus. El emir Al-Kalbi perdió su puesto, pero los emires posteriores no lograron detener las rebeliones.

La llamada «Reconquista» comenzó en ese mismo año con la batalla de Covadonga, tras una primera rebelión contra los gobernantes islámicos, que resultó en la creación del reino cristiano de Asturias. Después de eso, surgirían varios otros reinos que unirían fuerzas para intentar derrocar a los conquistadores y desarrollar un nuevo gobierno cristiano en la región. Entre los reinos que lideraron la Reconquista a lo largo de los siglos estaban Asturias, León, Navarra, Aragón y Portugal. Con el tiempo, se materializarían en dos grandes facciones: Castilla y Aragón, y Portugal. Tras una alianza matrimonial, Castilla y Aragón formarían España.

Asturias fue el primer reino cristiano oficial en aparecer en la Península Ibérica tras la llegada del califato, y sería el líder de las primeras incursiones de la Reconquista. El reino se encontraba en las montañas cantábricas, al norte de la península, y logró resistirse a la conquista musulmana gracias a su entorno húmedo y a lo accidentado del terreno. Un noble de nombre Pelayo fundó el reino tras regresar de la batalla inicial contra los musulmanes en Guadalete, en 711⁴. Dio origen a la dinastía asturleonese y contaba con el respeto y apoyo de su pueblo, que lo había elegido para gobernar. Una vez sentadas las bases de Asturias, Pelayo dedicó su atención a resistir el ascenso del califato y a expulsar a los invasores de la península. Estableció su capital en Cangas de Onís, aseguró su territorio, se aseguró de tener pocos rivales, y luego planeó sus siguientes pasos.

Luego de esto, diversos condados surgieron o se reorganizaron para conformar lo que serían reinos definidos. Tal fue el caso en la región pirenaica, por ejemplo, del reino de Pamplona, más tarde reino de Navarra, otro territorio cristiano cerca de Asturias que, aunque pequeño, mantuvo su independencia gracias a su ubicación en la cordillera, difícilmente alcanzable por los omeyas. Conscientes de que sería una locura atacar los reinos cristianos en un terreno tan desfavorable, los gobernantes omeyas se concentraron en cambio en consolidar su poder en el resto de la Península Ibérica e ignoraron en su mayoría a Asturias y Navarra. Ocasionalmente, fuerzas militares formadas por una combinación de bereberes y árabes intentaba cruzar las

montañas, pero había poco interés por parte de la administración en intentar tomar el territorio. Teniendo esto en cuenta, podría decirse que los reinos cristianos originales lograron fundar la Reconquista y mantenerla viva principalmente porque el califato omeya no tenía interés en combatir y no veía a Asturias, Navarra y los territorios cercanos como una amenaza.

En cuanto a los reinos cristianos, no tenían muchas razones para atacar al califato. Alfonso I de Asturias también sabía que sería un suicidio intentar el cruce de los Pirineos, así que se concentró en atacar las fortalezas árabe-bereberes en las montañas y en expandir su propio territorio atacando los territorios cristianos cercanos que habían logrado resistir al califato. Entre múltiples campañas tomó importantes ciudades, como Salamanca, Ávila, Astorga, León, y llegó a anexionarse Galicia y el norte de Portugal. Los reyes de Asturias se consideraban los sucesores de la monarquía visigoda original de Toledo, que había sido derrocada al caer Rodrigo. Con este argumento, justificaron su decisión de expandirse hacia el sur de Iberia.

A pesar de estas elevadas pretensiones, Asturias y los subsiguientes reinos cristianos tenían pocas similitudes con los visigodos originales, pero sea como fuere, la decisión de avanzar hacia el sur constituyó el inicio de la Reconquista.



Monumento a Pelayo

Aunque obviamente había tensiones religiosas entre cristianos y musulmanes, la lucha inicial durante la Reconquista no fue de naturaleza religiosa, sino que se trató de otra toma de poder por parte de otra nueva monarquía en el mundo medieval. Esta tendencia continuaría durante al menos otro siglo, hasta que las diferencias religiosas comenzaron a teñir las interacciones, rebeliones y guerras entre los reinos cristianos y el

califato musulmán. Además, cuando comenzó la Reconquista, no fue un esfuerzo cohesionado; Asturias, originalmente, no era precisamente un gran reino, pues consistía principalmente de refugiados y guerrilleros que habían estado resistiendo la expansión del califato.

La invasión musulmana de Francia

Durante el proceso de conquista de la Península Ibérica, los moros entraron en contacto con los francos, y lo hicieron en un momento en que el rey legalmente reconocido no tenía prácticamente ningún poder. El poder real lo ejercía un funcionario llamado el *Mayor* de palacio (del latín *maior domus*), el mayordomo de la casa real del reino de Austrasia, durante el periodo merovingio. Tenía el poder sobre un reino que se extendía desde el ducado de Aquitania en el sur de la Galia hasta Britania en el oeste, el Rin en el norte, y la frontera con Baviera.

Como se ha señalado, mientras Hispania estaba siendo invadida, Francia estaba convulsa por la guerra civil que siguió a la muerte del rey Pipino II en 714, pero para 718 el reino había sido reunificado bajo el mayordomo de palacio, Carlos Martel, quien instaló al rey Clotario IV, destronando a Chilperico II. Incluso si los francos hubieran estado en condiciones de ayudar a los visigodos contra los omeyas en ese momento, es dudoso que lo hubieran hecho, puesto que los visigodos habían gobernado anteriormente Aquitania y seguían siendo rivales por la influencia en el sur de la Galia. Además, los francos veían con envidia la presencia visigoda en la Septimania.

La Septimania, que colindaba tanto con el reino de Francia como con el ducado de Aquitania, dominado por los francos, fue la última provincia de los visigodos en caer ante los moros, y una breve descripción de la provincia es importante porque figuró prominentemente en la guerra entre moros y francos. Como entidad política ya no existe, pero ocupaba la región costera de Francia entre los Pirineos y el río Ródano, e incluía las ciudades de Narbona, Bézier y Carcasona. Las tierras altas del Macizo Central formaban su frontera norte.

Los romanos la llamaron así por la Séptima Legión estacionada allí, aunque los visigodos siempre la llamaron *Gallia* (Galia), una contracción de *Gallia Narbonnensis*. Los pueblos de la

Septimania eran llamados “galos” por los godos, y hablaban una forma vulgarizada del latín. La región estaba gobernada por un duque y aristocracia visigodos, detestados por la población. Algunas costumbres o focos paganos sobrevivían en el siglo VIII, como lo demuestra la práctica de no trabajar los jueves en honor a Júpiter⁵. Por otro lado, muchos de los cristianos se diferenciaban de sus compatriotas católicos en el hecho de no creer que Jesucristo fuera Dios, un legado del arrianismo germánico.

Durante un tiempo, los reyes visigodos de Iberia favorecieron a Narbona como su capital, pero los frecuentes conflictos con los francos por el dominio de la provincia acabaron por disuadirlos. Era preciada como una provincia particularmente rica, pues el clima era (y es) idóneo para la producción agrícola, como la vitivinicultura, por ejemplo. Narbona y otras ciudades eran importantes centros comerciales con otros puertos mediterráneos, como lo eran Roma, Palermo, Venecia y Constantinopla. También comerciaban con los francos a lo largo del valle del Ródano y con las ciudades de Iberia, evitando así la necesidad de cruzar los difíciles y traicioneros pasos de los Pirineos. Las ciudades de la Septimania pueden imaginarse entonces como comunidades vibrantes, prósperas y probablemente cosmopolitas, en las que podían encontrarse una gran variedad de mercaderes y mercancías de diversos países.

Cuando los moros invadieron Iberia, gran parte de la nobleza visigoda huyó a la Septimania, y allí eligió a Ardo, el último rey visigodo. Los moros les persiguieron y entre el 719 y el 720, devastaron su territorio. En el año 720, Narbona fue capturada y los moros ofrecieron a sus habitantes términos generosos. A partir de entonces capturaron metódicamente las ciudades y fortalezas que aún resistían. Al igual que en al-Ándalus, a los habitantes de la provincia no se les obligó a convertirse al islam, pero muchos lo hicieron por razones de ventaja social. El destino de Ardo no está claro; quizás pereció en defensa de su reino, o negoció un tratado que le permitió vivir en al-Ándalus.⁶

A raíz de esto, los moros se dirigieron hacia Aquitania, nominalmente vasalla del rey franco, pero en realidad un estado in-

dependiente. Su duque, Odón el Grande, había obtenido el reconocimiento de su autonomía por parte de Carlos Martel, a cambio de entregar al desventurado Chilperico II. Al igual que la Septimania, Aquitania era próspera y atractiva para los incursores moros ávidos de botín y esclavos. La nobleza árabe y beber no estaba ligada a las tierras, sino que era nómada y vivía en gran medida del saqueo y el comercio, sobre todo de esclavos. Según la ley islámica, los no musulmanes podían ser despojados de sus bienes y esclavizados, por lo que la perspectiva de saquear Aquitania y Francia no sólo era atractiva, sino una necesidad.

Al principio, la incursión en Aquitania se detuvo por una alianza entre Odón y Munuza² (Otman ben Neza), el gobernador, o *valí*, bereber de la región hispánica de Cerdeña. Munuza fue derrotado rápidamente, y cuando el valí de al-Ándalus, Al-Samh ibn Malik al-Khawlani, se dirigió a la capital de Odón, Tolosa (Toulouse), el duque cruzó a Francia para pedir ayuda a los francos. Durante su ausencia, la ciudad fue sitiada por los omeyas.

Carlos Martel no se comprometió a ayudar a su vasallo, pues prefirió ver qué ventaja podía traerle la situación, por lo que Odón debió reclutar un ejército por su cuenta. Después de tres meses, Odón regresó con una fuerza de francos (probablemente francos asentados en Aquitania), aquitanos y gascones, y el 9 de junio de 721 logró sorprender a los moros en la batalla de Tolosa. Al-Samh no se esperaba que el duque regresara, y pensaba que Tolosa caería rápidamente, por lo que había concentrado sus fuerzas en forzar su rendición.

Cuando el general moro descubrió que Odón y su ejército estaban casi sobre ellos, dio vuelta a su caballería para salir a su encuentro. Dada la premura con la que Odón levantó su ejército, sus números no podrían haber sido muy grandes ni, quizás, de la misma calidad que los moros. Sus fuerzas probablemente consistían en un núcleo de infantería pesada con levas de milicianos y algo de caballería. Las tropas andalusíes, en contraste, eran en su mayoría caballería rápida y contundente, y veteranos de las campañas visigodas.

Por un tiempo, pareció que las líneas aquitanas se romperían, pero Odón se retiró antes de que sucediera, prediciendo que Al-Samh no se retiraría, sino que regresaría al asedio. Pronto comprobó que estaba en lo cierto, y cuando se observó que las fuerzas aquitanas se retiraban, los moros regresaron a Tolosa para pasar la noche. La guarnición asediada no estaba en capacidad de salir, y Odón estaba en retirada, por lo que los moros descuidaron la defensa de su campamento al no dejar centinelas apostados ni erigir fortificaciones.

Esto resultaría ser un error fatal, pues, al amparo de la oscuridad, el ejército de Odón marchó de vuelta a Tolosa. Antes del amanecer, los aquitanos cayeron sobre los moros y Al-Samh tardó demasiado intentando reunir sus tropas. Estaban atrapados entre Tolosa y Odón, sin lugar a dónde huir, y lo que siguió fue no tanto una batalla sino una masacre, pues la mayoría de los moros fueron asesinados en cuestión de minutos. Al-Samh escapó herido de muerte a Narbona, donde murió, y con ello, la invasión morisca de Europa occidental había sido frenada por primera vez en una década.

Odón se jactó orgullosamente en una carta al papa Gregorio II de que sus tropas mataron a 375.000, pero esto es un ejemplo típico de la tendencia medieval a exagerar las cifras de las batallas⁸, y probablemente representaba la opinión del duque con respecto a lo contundente de la victoria. Sea como fuere, el papa colmó de regalos a Odón y lo proclamó el salvador del cristianismo. Surgió la leyenda de que Gregorio había bendecido tres canastas de pan que envió a los francos antes de la batalla, y que cuando Odón distribuyó el pan entre sus tropas, ninguno de los que lo comieron resultó herido o muerto.

En realidad, el desastre de Tolosa solo detuvo temporalmente la incursión de los moros en la Galia, pero tuvo el efecto de proteger a Odón de Carlos Martel, que no podría entonces ser visto atacando al héroe que había salvado la Galia. Carlos pudo, no obstante, utilizar esto para su propio beneficio, pues tuvo tiempo de prepararse para un conflicto con los musulmanes que seguramente sabía que sería inevitable.

Alrededor de la misma época de la batalla de Tolosa en 721, las fuerzas moriscas sufrieron otra derrota a manos de los nobles visigodos que habían huido a las casi inaccesibles montañas cantábricas, en la costa norte de la región conocida como Asturias. Este encuentro influyó en futuros acontecimientos porque abrió un frente contra los moros que desvió tropas y recursos de la Galia y que posteriormente asistió a Carlomagno en su invasión de Hispania. Tras la punzante derrota de Tolosa, el séptimo valí de al-Ándalus, Anbasa ibn Suhaym al-Kalbi, decidió levantar la moral conquistando Asturias, que nunca había sucumbido del todo a la dominación morisca.

Los rebeldes, tanto visigodos como asturianos autóctonos, estaban dirigidos por Don Pelayo, uno de los caudillos más poderosos, a quien tradicionalmente se le considera el fundador y primer monarca del reino de Asturias. En el año 718 o 722, se enfrentó a los moros con apenas unos cientos de hombres, pero él y sus seguidores tenían una enorme ventaja gracias a la geografía montañosa y al hecho de que no existían caminos. Tanto el terreno como la falta de carreteras dificultaron el avance de los moros, que dependían en gran medida de la caballería, y Pelayo retiró sus fuerzas a un estrecho valle cerca del pueblo de Covadonga.

Tras la retirada de Pelayo, el comandante moro, Al Qama, condujo a sus tropas de primera línea a través del estrecho valle de Cangas, probablemente consciente del peligro en el que se adentraba. Efectivamente, los asturianos en la creta del valle comenzaron a disparar flechas y a arrojar piedras contra los moros, que no pudieron escapar ni encontrar refugio. Con las tropas musulmanas en estado de confusión, Pelayo y sus hombres emergieron de pronto de las cuevas y rocas del valle y se abalanzaron sobre el enemigo. Casi todos los moros fueron masacrados y solo un puñado logró escapar. Pelayo posteriormente derrotó en circunstancias similares a otro ejército comandado por el general Munuza.

Por muy incómodas que fueran estas derrotas para los moros, reanudaron sus incursiones en Aquitania, aunque sin la intención de tomar las principales fortalezas. Desde la Septimania, los moros también hicieron incursiones en el valle del Ró-

dano y saquearon Borgoña a lo largo de casi 500 km, hasta Langres y Sens. En al-Ándalus, sin embargo, se estaban gestando más problemas.

Los socios bereberes de los conquistadores árabes estaban insatisfechos con la asociación desde hacía mucho tiempo. Los árabes tendían a darles a sus socios bereberes las partes más pobres de las tierras y el botín, mientras a la vez les imponían los deberes más onerosos. Además, imponían a los bereberes impuestos más altos que a otros súbditos musulmanes y les exigían tributos de esclavos. El califa omeya había prohibido estas privaciones, pero los gobernadores de al-Ándalus, lejos de la capital en Damasco y con la libertad de acción que les concedía la distancia, necesitaban dinero, y la discriminación contra los bereberes facilitaba estas exacciones. A decir verdad, los árabes veían a los bereberes como conversos recientes (el noroeste de África había sido conquistado por los omeyas menos de un siglo antes) y musulmanes a medias.

Como consecuencia de las tensiones, estallaron revueltas esporádicas en al-Ándalus, que fueron sofocadas con dificultad, y dado que los señores árabes de Hispania tenían problemas para mantener la cohesión, las derrotas en el campo de batalla permitían a los bereberes señalar la incompetencia de sus señores, lo que no hacía sino agravar las dificultades. Se necesitaba una gran victoria y el suficiente botín para aliviar los impuestos y el malestar público.

Este fue, sin duda, un poderoso incentivo para arriesgarse a una expedición más grande y audaz en Aquitania y Francia, y en el año 732 el valí de al-Ándalus, Abd al-Rahman ibn Abd Allah al-Ghafiqi, decidió reunir una fuerza que se abriría paso saqueando a través de Aquitania hasta el mismísimo corazón de Francia. Sin duda, fue una maniobra audaz, pues no tenía realmente idea de qué tipo de resistencia encontraría. Cuando la noticia de la campaña musulmana llegó a Odón el Grande, huyó de Tolosa con las fuerzas que pudo reunir y se presentó en la corte de Carlos Martel. En esta ocasión, Martel se preocupó lo suficiente como para convocar a sus nobles y reunir un ejército.

Aunque en ese momento era esencialmente el líder de Francia, Carlos Martel nació como hijo ilegítimo del mayordomo de palacio, Pipino II de Heristal, y su concubina Alpaída⁹. No se sabe con certeza la edad de Martel al momento de la batalla de Tours, pero probablemente tenía entre 42 y 58 años¹⁰. Había sido mayordomo de palacio desde el año 718, cuando sucedió a su sobrino, y nieto de Pipino, Teodoaldo. Martel no era su apellido, sino un nombre honorífico que significa «martillo» en francés antiguo y se refiere a su derrota de los moros. La historia europea le ha exaltado como el salvador del cristianismo occidental y el fundador de una nueva dinastía de reyes francos, los carolingios (del vocablo latín *Carolus*, que significa Carlos), aunque fue su hijo, Pipino III «el Breve», el primer rey de esa línea.

El verdadero rey en el año de la batalla de Tours era Teodorico IV (en francés Thierry IV, de quien recibió su nombre la localidad de su cautiverio, *Château-Thierry*), quien había sido mantenido en cautiverio honorable en la abadía de Chelles, y luego proclamado rey por Carlos Martel como estrategia política. Como se ha mencionado, el rey de los francos había sido reducido a un rol ceremonial, pero la posición de Teodorico IV daba legitimidad al gobierno y aseguraba la sanción de la Iglesia, ya que era el rey, no el mayordomo, quien era ungido con aceite sagrado y coronado por el obispo de Reims. Era una persona demasiado valiosa como para permitirle moverse libremente, por lo que se le confinó respetuosamente.

Al igual que Hispania antes de la llegada de los moros, Francia seguía siendo esencialmente una provincia romana gobernada por un estrato de nobleza germánica. Los francos se gobernaban a sí mismos de acuerdo con la ley germánica, pero el pueblo observaba la ley y costumbres romanas y hablaban una forma de latín vulgar que con el tiempo se convirtió en francés. Esto no quiere decir que la aristocracia no adoptara también ciertas tradiciones romanas, ya que se consideraba la sucesora de los gobernantes y patricios romanos que suplantaron. Mantuvieron títulos militares y administrativos como el de duque (*dux*) y conde (*comes*), y adoptaron elementos del estilo romano en su vestimenta y en las ceremonias de la corte. Adoptaron la

religión romana, el cristianismo, y dotaron generosamente a las iglesias y monasterios del reino, y nombraron obispos. Al igual que los emperadores bizantinos en Constantinopla, los señores de los francos asumieron ciertos derechos sobre la Iglesia, pero los funcionarios eclesiásticos en Francia buscaban la orientación del papa.

Los francos también continuaron y ampliaron las vías romanas, las fortificaciones y las murallas de las ciudades, lo que estabilizó al reino y alentó el comercio. Esto era necesario porque el reino franco estaba asolado no solo por los moros, sino por los sajones en el norte, los lombardos en Italia y los eslavos en la frontera oriental. Los francos también mantuvieron la tradición de un ejército permanente, costado por el mayordomo de palacio y los principales magnates. El rey tenía su propio ejército personal, los *scarae* de élite, y el mayordomo de palacio también podía ejercer el ban (*bannum*), por el cual los funcionarios reales quedaban facultados para reclutar tropas de la población en general. El incumplimiento resultaba en una fuerte multa y posiblemente la muerte.

El núcleo del ejército franco seguía siendo la infantería, ya que la era del caballero fuertemente acorazado estaba aún por llegar. Carlos Martel creó una fuerza de caballería, pero no estaba equipada para cargas frontales. En cambio, se utilizaba como una fuerza móvil que podía asaltar, emboscar y atacar formaciones aisladas. Las tropas aquitanas en particular eran famosas por su destreza con la jabalina, mientras que la caballería franca estaba armada con cota de malla, yelmos, escudos, espadas y lanzas, muy similar a la caballería del Imperio romano cerca de su colapso. Debido a lo costoso de este equipo, solo los miembros de la aristocracia servían como soldados de caballería. La caballería franca no utilizaba estribos, por lo que es posible que luchara a pie durante gran parte del tiempo.

La infantería se componía de unidades pesadas extraídas de la nobleza más rica, y de la milicia, con o sin armadura ligera. Al momento de la batalla de Tours, la infantería probablemente todavía usaba hachas, si bien esa arma estaba siendo abandonada gradualmente en favor de las lanzas, que eran mucho más efectivas contra la caballería. Solo a veces utilizaban arco y fle-

cha, y al igual que la caballería, la infantería difería poco de su contraparte romana. Esto no es de extrañar, dado que los romanos dependieron en gran medida de los mercenarios germánicos cuando el Imperio romano de Occidente se estaba desmoronando a finales del siglo V.

El ejército que los francos enfrentarían estaba respaldado por el imperio más fuerte de Europa desde el colapso de roma. Consistía principalmente de caballería ligera a mediana árabe y beberber, armada con yelmo, escudo, cota de escamas o de malla, lanza y espada. Empleaba pocos arqueros montados. Probablemente no hubo un gran contingente de infantería, dado que los moros usaban los soldados de infantería como apoyo y para asedios, y el ejército moro en la Galia no se detuvo en las principales fortalezas. Si el propósito de la invasión era el saqueo, como parece probable, la caballería ligera y mediana serviría mejor.

Los moros parecían saber poco sobre la tierra que estaban invadiendo. Iban vestidos y equipados para un otoño seco y cálido en lugar del típico clima frío y húmedo del centro de Francia, que habría afligido a los soldados y dificultado el movimiento de suministros.

El comandante, Abd ar-Rahman ibn Abd Allah al-Gafiqi, era un árabe que había servido en la administración omeya del Magreb en el noroeste de África. Estuvo presente en la batalla de Tolosa y en el año 730 fue nombrado gobernador de al-Ándalus por el califa Hisham ibn Abd al-Málik. Era un administrador inteligente y de un talento y sabiduría considerables, lo que ha llevado a muchos a preguntarse por qué estaba conduciendo una expedición a territorio desconocido contra un enemigo del que sabía poco. Quizás haya tenido la impresión de que los francos eran gobernantes bárbaros ineficaces que se derrumbarían al igual que los visigodos.

De hecho, los moros seguían sabiendo poco sobre los reinos germánicos, incluso después de la invasión de Hispania, ocurrida tan solo dos décadas atrás. La mayor parte de su experiencia con los ejércitos cristianos había sido con los avanzados y sofisticados bizantinos, y probablemente consideraban a los occi-

dentales como tribales, fracturados y bárbaros. La atracción del botín y los esclavos era tentadora, pues los francos eran generosos mecenas de la Iglesia, y los monasterios e iglesias ricamente dotados proliferaron, especialmente en la región de Tours. La abadía de San Martín en Tours era especialmente rica.

Cualquiera fuera el propósito de la invasión, al-Gafiqi y su fuerza principal se dirigían a Tours a principios de octubre de 732, y Tours era una de las principales ciudades en la Galia. Como *Civitas Turonum*, fue una importante metrópolis de la provincia romana de Lugdunum y protegía las importantes rutas comerciales a lo largo del Loira. Un obispo de la ciudad del siglo IV, Martín de Tours, fue ampliamente venerado como santo en toda la Europa occidental, y Tours se convirtió en un lugar de peregrinación y comercio.

Es evidente que Tours era el destino previsto del ejército moro, y aunque la batalla lleva su nombre, no está claro si Tours fue el lugar real del enfrentamiento culminante. La batalla a menudo lleva el nombre de Poitiers (*Pictavium* para los romanos), una ciudad a unos 100 km al sur-suroeste de Tours, y probablemente ocurrió en algún lugar entre las dos. Después de que se librara la famosa batalla de Poitiers en 1356 entre franceses e ingleses, resultó más conveniente llamar a la del año 732 la batalla de Tours.

Una fuente de la época que aborda el tema de la batalla de Tours desde la perspectiva franca es *Historia de los lombardos*, de Pablo el Diácono. Pablo era un monje benedictino asociado a la corte real de los lombardos, que eran, como los francos y visigodos, germánicos. Gobernaban la mayor parte de Italia en ese momento, y Pablo escribió su relación de los hechos unos 60 años después de la batalla. Como sugiere el nombre de la obra, se ocupó principalmente de la historia de su propio pueblo, por lo que la historia de los francos que relató estaba enfocada en cómo ésta afectó a los lombardos, y mucho de lo que escribió acerca de Tours es simplemente imposible. Por ejemplo, afirmó que murieron 375.000 moros, cuando la mayor fuerza desplegada por los omeyas llegó a tener unos 120.000 soldados (en el sitio de Constantinopla de 717)¹¹. Los cronistas me-

dievales eran notorios por exagerar las estadísticas de las batallas, y a diferencia de los historiadores modernos, estaban interesados principalmente en escribir narrativas más que textos analíticos. Como tal, eran propensos a la hipérbole, especialmente cuando sus relatos tenían valor propagandístico.

Los relatos árabes, por su parte, tienden a restarle a la importancia de los encuentros con los francos y se ocupan más de la guerra civil entre bereberes y árabes en al-Ándalus. Las fuentes árabes tendían a ver esta guerra como la causa principal del declive subsiguiente de la dinastía omeya, en lugar de la batalla de Tours. Dicho esto, tanto las fuentes árabes como las occidentales concuerdan en que la batalla ocurrió y en los hechos básicos. Los detalles deben extraerse del conocimiento histórico de los ejércitos enfrentados y de sus tácticas de batalla, a partir de lo cual pueden hacerse inferencias razonables.

Parece claro que al-Gafiqi no envió exploradores a hacer un reconocimiento de Tours, evidentemente confiado de que no había en las cercanías un ejército lo suficientemente grande como para desafiarlo. De haberse enterado de que Martel había estado luchando contra los sajones en el norte, esa habría sido una expectativa razonable, pero cabe preguntarse por qué no quiso conocer el terreno y las condiciones que le esperaban. Es posible que su ejército llevara ya tanto botín que no pudiera prescindir de ninguna fuerza de avance.

Resultó que Martel, recién llegado de sus victorias sobre los sajones, se encontraba directamente en el camino de los moros. Su presencia fue detectada hacia el 3 de octubre, pero los francos no atacaron inmediatamente. Los moros tampoco se mostraron dispuestos entablar combate, al parecer ralentizados por la enorme cantidad de tesoros que ya habían saqueado, y sin contar todavía con su fuerza completa. En su lugar, los dos bandos se enzarzaron en escaramuzas durante los siguientes siete días.

Al-Gafiqi estaba furioso por haber permitido a Martel elegir su posición. Los francos estaban acampados en una colina detrás de un bosque, que ocultaba su verdadero tamaño, pero Martel probablemente comandaba solo unos 20.000 hombres

(según algunas relaciones) y los moros quizás los superaban en número. La alternativa al ataque era la retirada, pero los soldados moros seguramente no querían abandonar la oportunidad de saquear Tours.

El 10 de octubre, las tropas que llevaban el botín ya habían llegado, y al-Gafiqi tuvo que tomar una decisión. El frío estaba comenzando a afectar a las tropas musulmanas, ligeramente vestidas, que no podrían permanecer en la Galia durante el invierno. Sabía que Martel no rompería su propia formación para atacar, y que los francos recibirían suministros de Tours, mientras que sus propias tropas se estaban quedando sin comida y las cosechas locales ya habían culminado. Finalmente, al-Gafiqi se decidió a atacar.

Martel, por el contrario, había estudiado bien al enemigo y había dispuesto a su ejército en una formación de falange (bloques rectangulares con lanzas preparadas en todos los costados). En aquella época, y durante varios siglos más, la caballería era la mejor tropa de choque para romper las formaciones, pero en esta ocasión, las sucesivas cargas de los moros no lograron mover a la apretada infantería franca. Los moros estaban cargando cuesta arriba, por lo que al momento de hacer contacto ya habían perdido la mayor parte de su ímpetu. Al-Gafiqi esperaba que los francos persiguieran a la caballería en retirada hasta el campo abierto, donde sus tropas habrían tenido la ventaja, pero los francos mantuvieron la disciplina y permanecieron, como lo dijera un cronista, «inmóviles como un muro»¹². Al-Gafiqi tenía la esperanza de alcanzar a Martel en persona, a pesar de no conocer su apariencia, y en un momento su caballería pareció penetrar las líneas francas. Sin embargo, cualquier esperanza fue breve, pues este asalto fue repelido al igual que los demás.

A esas alturas los moros estaban exhaustos, pero continuaron sus ataques. Fue en ese momento, cuando los moros estaban más vulnerables, que el duque Odón tomó una fuerza de sus aquitanos en reserva (probablemente ocultos en el bosque, donde habrían pasado desapercibidos), sobrepasó los flancos moros y atacó su campamento. Liberó a los cautivos que serían esclavizados y se apoderó del botín, lo que hizo que muchos

moros se apresuraran a regresar para defender sus ganancias. Al-Gafiqi, a la cabeza de sus tropas, intentó detener la caótica retirada, y aunque la mayoría de los soldados permaneció en su lugar, el desorden ya había infectado las filas. Carlos ordenó entonces que sus unidades exteriores atacaran los flancos, mientras él lideraba el centro en un contraataque. Los moros fueron rodeados y masacrados, y al-Gafiqi murió con sus hombres.



La Batalla de Tours representada en *Grandes Chroniques de France*

Al retirarse los moros, los francos no persiguieron a los sobrevivientes, y Odón regresó a su posición con Carlos. La decisión de Martel de ser cauteloso fue probablemente lo más sabio, porque enviar adelante a su infantería a campo abierto la haría vulnerable ante la mayor rapidez de la caballería mora. Permaneció, por tanto, en su posición, permitiendo a sus tropas descansar, atendiendo a los heridos y ocupándose de los muertos, mientras los moros se retiraban hacia lo que quedaba de su campamento.

Al día siguiente, los francos se esperaban otra oleada de ataques, dado que los moros no habían sido completamente destruidos. Al no llegar ningún ataque, se enviaron exploradores, que reportaron que el campamento enemigo había sido abandonado. Las pérdidas de los moros son difíciles de determinar, y los reportes de la época son notoriamente poco fiables, pero sería justo asumir que perdieron la mitad de su ejército, y que las pérdidas francas habrían sido pequeñas en comparación. Aun así, la fuerza restante probablemente habría igualado en número a la de los francos.

Aunque ambos bandos estuviesen ahora en igualdad de condiciones en cuanto al número de efectivos, los moros comprendieron plenamente que los francos no se moverían de su posición bloqueando el camino hacia Tours. La temperatura estaba bajando y al ejército le faltaba comida y agua. Los líderes supervivientes decidieron, por lo tanto, regresar a al-Ándalus. La retirada no debió ser fácil. En su premura por llegar a Tours, los moros habían pasado de largo bastiones estratégicos en Francia y Aquitania, que luego procedieron a acosar a las tropas en retirada. Por otro lado, es posible que la caballería mora saqueara algunas ciudades y pueblos en el camino de vuelta.

Abd al-Málik ibn Qatan al-Fihri, el decimoquinto (y decimo-séptimo) valí de al-Ándalus y sucesor de Abd ar-Rahman ibn Abd Allah al-Gafiqi, tuvo que lidiar con las consecuencias del desastre en Tours. Afortunadamente para él, Carlos Martel no tenía planes de invadir, pues estaba más interesado en conquistar Aquitania de manos de Odón el Grande. Sin embargo, una pequeña banda de aquitanos se apoderó de Pamplona, y el que Abd al-Málik fracasara en derrotarlos a ellos y a los vascones

cristianos en los Pirineos llevó a que fuera depuesto y encarcelado por Uqba ibn al-Hayyach al-Saluli, quien se convirtió en el nuevo valí en el año 734. Fue por esta época que los disturbios bereberes comenzaron a intensificarse de nuevo.

No obstante lo expuesto, los moros se sintieron lo suficientemente seguros para enviar un nuevo ejército a la Galia, esta vez desde la Septimania. Marcharon desde Narbona y tomaron la ciudad de Aviñón, la cual, situada en la ribera izquierda del Ródano, en Provenza, resultaría una base segura para saquear el corazón del reino franco. La fortaleza se rindió en 734, y esta vez los moros se aseguraron de enviar primero exploradores para averiguar la ubicación de las fuerzas de los francos. Uqba también forjó alianzas con algunos de los señores de Aquitania.

En ese momento, Carlos estaba ocupado con los asuntos en Aquitania. Odón había caído del poder, y el mayordomo franco quería obligar a Aquitania a someterse a él. No está claro si Odón murió en el 735 o si fue depuesto, o si entró a un monasterio, pero cualquiera haya sido su destino, salió de escena, y luego de que Martel tomara Burdeos en 735, el hijo y sucesor de Odón, Hunaldo I, reconoció el señorío del rey Teodorico IV. Sin embargo, Hunaldo lideró una revuelta al año siguiente, y durante esa guerra, él y su hermano Hatto fueron derrotados y este último encarcelado. Aunque logró escapar, su propio hermano lo traicionó, lo cegó y lo encarceló en un monasterio, para asegurar así la paz con Carlos Martel y que este le permitiera conservar el ducado. Martel no tuvo problema en permitir que Hunaldo siguiera siendo su vasallo en vez de apoderarse de su territorio, y ahora él quedaba libre para actuar contra los moros que estaban asaltando el valle del Ródano desde Aviñón.

Cuando Martel avanzó hacia Aviñón, los moros se retiraron a la ciudad sin esperanzas de recibir refuerzos inmediatos, pues los magnates que se habían opuesto a Odón ahora juraron lealtad a Hunaldo y a Carlos. Desde Aviñón, los moros esperaban usar en su contra las proezas de ingeniería que los francos habían desarrollado para su propia defensa. En una época en la que la mayoría de los occidentales todavía utilizaban fortificaciones en colinas rodeadas de empalizadas, los francos construyeron impresionantes estructuras en piedra. Su destreza y ca-

pacidad para fortificar posiciones les había permitido construir su extenso imperio, e incluso eran capaces de desviar ríos para defender sus posiciones. En contraste, los omeyas, que dependían de un gran número de caballería para cubrir grandes extensiones rápidamente, no estaban preparados para la guerra de asedio, por lo que estuvieron más que contentos de contar con las propias defensas de los francos mientras ocuparon Aviñón.

A pesar de sus mejores esfuerzos, los moros se vieron sorprendidos de nuevo, pues el ejército de Carlos superaba con creces al suyo. El mayordomo de palacio trajo consigo balistas, catapultas, arietes y escaleras de asedio, y en el año 737 asaltaron la ciudad. Irónicamente, después de que los francos capturaron Aviñón, la destruyeron como castigo por rendirse ante los moros.

Martel ahora podía marchar a Narbona, pero los moros no estaban indefensos. Podían recurrir a tropas de al-Ándalus, que no se verían obstaculizadas por los Pirineos, o los refuerzos podían navegar directamente a los puertos de la Septimania y de Provenza. Esta última era un ducado nominalmente sometido a los reyes de Francia, pero en la práctica era gobernado por la antigua aristocracia galo-romana. Ninguna de las tribus germánicas se había establecido efectivamente allí, a pesar de ser gobernada por visigodos, ostrogodos y borgoñones sucesivamente.

Los árabes y bereberes del califato también habían intentado establecerse allí, pero no lograron hacerlo de forma permanente. Al igual que los aquitanos, los nobles de Provenza esperaban quitarse el yugo de Carlos Martel, y había sido su duque, Maurontus, quien le entregó Aviñón a los moros y pidió la ayuda de Yusuf ibn Abdul-Rahman, gobernante omeya de la Septimania. Los moros también contaban con fuerzas cerca de la ciudad costera de Arlés, que dominaba la desembocadura del Ródano.

En el año 737, Carlos Martel estaba listo para continuar su avance hacia Narbona junto a su hermano, el duque Childebrando I de Borgoña. Narbona era una ciudad portuaria próspera y adecuadamente fortificada, por lo que suponía un formida-

ble desafío para los francos. Mientras la asediaban, los francos se enteraron de que una importante fuerza de socorro estaba llegando por mar, así que Martel envió la mayor parte de su ejército a recibir los refuerzos a unos 15 km al sur, en el río Berre. El ejército moro fue aplastado y enviado en huida de vuelta a los barcos. Entre las bajas se encontraba su comandante, Umar ibn Chaled (Amir ibn Ailet según algunas fuentes), y muchos de los sobrevivientes fueron alanceados mientras luchaban por abrirse paso en los bajíos.

La batalla del Berre fue posiblemente tan importante como la de Tours, pero sigue siendo prácticamente desconocida y los detalles sobre los combates son escasos. En el año 732, era dudoso que los moros quisieran invadir la Galia con la intención de establecer bases permanentes, pero la amenaza que representaban cinco años más tarde era mayor, pues las fortalezas de la Septimania y Provenza les proporcionaban bases desde las que podían desplegar conquistas a gran escala del territorio franco. La derrota de los refuerzos sarracenos fue, por ende, decisiva.

El río Berre es un afluente del Aude, que comienza en los Pirineos y desemboca en el Mediterráneo cerca de Narbona. La batalla se libró en un terreno pantanoso entre el río y el mar, de donde habían venido los moros. De hecho, la flota de barcos que los transportó desde al-Ándalus todavía estaba allí cuando llegaron los francos. Los moros se vieron sorprendidos y limitados por la geografía, con el río al oeste, el mar al este y el pantano rodeándolos. Fueron derrotados y huyeron hacia las lagunas cercanas, donde estaban amarrados sus barcos. Muchos fueron abatidos, y otros tantos hechos prisioneros por los francos, que además se apoderaron de los tesoros que llevaban.

A pesar de la victoria, Martel se dio cuenta de que no podía asaltar Narbona, dadas sus propias pérdidas. Además, el duque Hunaldo de Aquitania había roto su juramento de lealtad y amenazaba su libertad de movimiento. Se contentó, por lo tanto, con saquear las fortalezas de Septimania, incluidas Nîmes, Agda y Béziers. Martel sí pretendía expulsar a los moros de sus bases en la vecina Provenza y castigar a su duque, Maurontus, pero por el momento, la fuerza de las fortalezas provenzales lo

desafiaba. Por ello, se alió con Luitprando, rey de los lombardos, que gobernaba gran parte de Italia, y juntos atacaron a los musulmanes en diversos lugares de Provenza.

Para el año 739, Carlos estaba en posesión de la región, y Maurontus huía a través de los Alpes. Las fortalezas moras fueron destruidas y sus antiguos amos en al-Ándalus consideraron insensato intentar recuperarlas. Carlos nombró a un noble borgoñón, Abbo, para que gobernara el ducado en su nombre, tras lo cual se retiró a París para ocuparse de diversos asuntos de estado que había dejado de lado durante cinco años. Por el momento, había dejado Narbona en manos de los moros, pensando que eran demasiado débiles para ser algo más que una molestia.

Después de estas derrotas, los bereberes, ya alienados por sus amos árabes, se rebelaron contra ellos. El levantamiento comenzó en Tánger en el año 740, y fue una respuesta inmediata a la declaración árabe de que los bereberes eran pueblos conquistados y serían tratados como tales. Los omeyas habían sufrido una pérdida debilitante de ingresos y comercio de esclavos desde que Carlos Martel frustró sus expediciones a la Galia, y llegaron a ver a la población bereber como una posible fuente para compensar las pérdidas. Los reveses sufridos en la Septimania y Provenza influyeron en la revuelta, que se extendió rápidamente a al-Ándalus, donde los árabes eran superados en número. La retirada de las guarniciones árabes en el norte del país para hacer frente a los bereberes animó a los refugiados visigodos en Asturias a atacar desde sus fortalezas en las montañas. Su rey, Alfonso I, comandó expediciones que conquistaron Galicia en el noroeste de Hispania y el territorio al sur del río Ebro.

Las fuerzas árabes se mostraron incapaces de contener a los bereberes y, desesperado, el gobernador Yusuf llamó a las tropas sirias, que se volvieron tan difíciles de controlar como los bereberes. Estalló la guerra civil entre los árabes andalusíes y los sirios, y no fue hasta el año 743 que se logró restablecer una apariencia de orden. Para entonces, la estabilidad de al-Ándalus estaba muy afectada, y los caudillos sirios ahora gobernaban las provincias de forma autónoma. De hecho, el gobierno central en Córdoba nunca recuperó realmente su autoridad, y los bere-

beres del Magreb habían conseguido derrotar a los omeyas y establecer sus propios estados. Al-Ándalus estaba ahora separada por tierra del resto del califato omeya.

Lo peor estaba aún por llegar. Poco después de la revuelta bereber, estalló una revuelta contra los omeyas en el actual Irán, y para el año 750, los abasíes habían conquistado todo el califato.

Históricamente, la invasión islámica de Francia no ha atraído tanta atención popular como las campañas otomanas en Europa del Este, quizás porque no se consideró que la invasión de Europa desde el norte de África en el siglo VIII representara la misma amenaza. Hay historiadores que creen que los omeyas nunca tuvieron la intención de asentarse en la Península Ibérica ni de conquistar partes de Francia, y en ese sentido, algunos han argumentado que la batalla de Tours fue completamente intrascendente. En *The Reader's Companion to Military History*, Robert Cowley y Geoffrey Parker afirmaron que «varias de las batallas que Edward Sheperd Creasy enumeró en su famoso libro de 1851, *Las quince batallas decisivas en la historia del mundo*, apenas merecen una mención aquí, y la confrontación entre musulmanes y cristianos en Poitiers-Tours en 732, antes considerada un acontecimiento decisivo, ha sido rebajado a una incursión».

Otros autores señalan la rápida sucesión de conquistas que consiguió el califato omeya en un periodo relativamente corto, y consideran a Tours una mera anomalía. Los omeyas solo necesitaron unos pocos años para conquistar Hispania, y a los cristianos les tomó 700 años completar la Reconquista. Algunos han señalado además que la derrota de la incursión andalusí en la Septimania, que realmente tuvo las características de una invasión, fue mucho más decisiva que Tours para garantizar que Europa siguiera siendo cristiana al norte de los Pirineos.

No obstante, hasta el día de hoy todavía hay rastros de la presencia de los moros en Gascuña, Aquitania y Provenza. La palabra en provenzal para «traductor», *drogoman*, proviene del árabe *tordjman*, y la palabra *charabia*, «discutir», del vocablo árabe *charaha*. La pequeña población de Ramatuelle, enclavada

en las colinas cerca de Saint-Tropez, era un asentamiento morisco llamado originalmente Rahmatollah («la misericordia de Dios»).

Si bien es posible que los moros nunca fueran lo suficientemente fuertes como para consolidar el control de Francia, el resultado de Tours jugó un papel muy significativo en la historia franca y en la dirección que tomó Europa con Carlomagno. Si Martel hubiese perdido la batalla o hubiese muerto allí, probablemente se habría producido una guerra civil, que habría dejado a los francos más vulnerables a futuras invasiones. Por otra parte, si bien los francos no fueron reemplazados por los musulmanes, sus lazos con el catolicismo aseguraron que Europa estuviese dominada por los católicos durante los siguientes 800 años, cosa que, de haber sido reemplazados por otros grupos locales en Francia, podría no haber ocurrido. Grandes sectores de la población todavía se aferraban a tradiciones paganas, y los mismos reyes francos seguían teniendo concubinas. Desde siglos atrás varios obispos francos, como Gaugerico, se habían quejado de que el paganismo continuaba floreciendo entre su gente. El islam podría haberse arraigado fácilmente en regiones menos cristianizadas, o bien otras formas de cristianismo.

El califato de Córdoba

La caída del califato omeya en el año 750 significó grandes cambios para al-Ándalus. Desde años atrás, la ilustre familia al-Fihri ostentaba el poder tanto en Ifriqiya (territorio del norte de África), bajo Abd al-Rahman ibn Habib al-Fihri, como en al-Ándalus bajo Yusuf ibn Abd al-Rahman al-Fihri. Gracias a que los omeyas tenían las manos llenas con las diversas amenazas a su poder en Damasco, los al-Fihri gobernaron de forma prácticamente independiente, sorteando con ciertos altibajos las relaciones e intereses de las diversas facciones árabes. Esto cambiaría con la llegada de los abasíes al poder del califato, pues ellos no estaban dispuestos a aceptar nada menos que la sumisión completa de los territorios de Occidente.

En 755, desembarcó en territorio andalusí el príncipe ‘Abd al-Rahman ibn Mu‘awiya ibn Hisham ibn ‘Abd al-Malik, o «Abderramán I», último sobreviviente de la dinastía omeya, que logró huir a tiempo de Damasco y salvarse de la masacre de toda su familia perpetrada por los abasíes. Tras consolidar suficientes partidarios, Abderramán se enfrentó en batalla con Yusuf en 756 y salió victorioso, luego de lo cual se declaró emir independiente de al-Ándalus y entró triunfante en Córdoba, donde estableció su capital. Los 32 años de su reinado, sin embargo, no carecieron de dificultades, pues transcurrieron entre luchas internas con las diversas facciones musulmanas (partidarios de los abasíes, de los al-Fihri, diversos grupos bereberes, etc.), así como con los territorios del norte, pues tanto los francos como los asturianos y demás incipientes reinos cristianos aprovecharon esta debilidad para ganar terreno.

En la guerra civil que siguió a la instauración del emirato, los vástagos restantes de los al-Fihri en al-Ándalus, probablemente desesperados, enviaron emisarios a Carlomagno, nieto de Carlos Martel y rey de los francos. Le dijeron a Carlos que los emires de Cataluña y Zaragoza se someterían a él como vasallos y marcharían con sus ejércitos a cambio de apoyo militar contra los omeyas. Carlos accedió; quería tener una zona intermedia, de amortiguación, contra al-Ándalus, y puede haber llegado a pensar que quizás la conquistaría en su totalidad.

En el año 778, cruzó los Pirineos a la cabeza de una invasión en dos frentes. Un ejército llegó a Barcelona (o *Madinat Barshiluna*, de la que era valí uno de sus nuevos aliados, Sulayman ibn Yaqdhán), mientras que el propio Carlos se dirigió a Pamplona, que cayó con relativa facilidad. Carlos ordenó que los dos ejércitos se reunieran en Zaragoza (llamada *Saraqusta* en ese entonces), desde donde se dirigirían luego al sur. Sin embargo, el valí de Saraqusta, Hussayn ibn Yahya al-Ansarí, cambió de parecer y se rehusó a permitirles la entrada a la ciudad. El asedio que siguió afectó perjudicialmente la campaña. Los zaragozanos ofrecieron oro a Carlos, quien, habiéndose enterado de un levantamiento en Sajonia, lo aceptó y su ejército se retiró a Pamplona.

Pamplona era el principal bastión de los vascones, que preferían el gobierno de los moros, quienes tendían a dejarlos tranquilos, antes que el de los asturianos o los francos, que intentaban dominarlos. Carlos sospechaba que se rebelarían en cuanto él regresara a la Galia, así que decidió arrasarlo Pamplona (incluso demolió sus murallas para dejarla indefensa), junto con varias ciudades y pueblos. Los vascones, enfurecidos, persiguieron a su ejército y el 15 de agosto de 778 lo atacaron en un estrecho paso, cerca de Roncesvalles. La retaguardia franca fue masacrada, casi hasta el último hombre, pero Carlos escapó. Entre los varios guerreros importantes que cayeron, el más famoso era Roldán, el prefecto de la Marca de Bretaña, en cuyo honor se compuso a finales

del siglo XI el romantizado *Cantar de Roldán* (o *Canción de Rolando*), quizás el cantar de gesta más antiguo escrito en lengua romance en Europa.

Carlos dejó guarniciones a lo largo de todos los territorios que conquistó, y los moros, enfrentados entre sí, no estaban en condiciones de recuperarlos. Esta campaña representó un cierto golpe para Carlos, y nunca más se aventuró en al-Ándalus. Sus generales en la Marca Hispánica, sin embargo, continuaron expandiendo su influencia hacia el sur. El condado de Barcelona había sido conquistado en su totalidad para el año 802, y en la misma época se estableció el condado de Aragón. La humillación de Roncesvalles fue finalmente vengada y los vascones conquistados, y los francos dieron apoyo al reino de Asturias, lo que fortaleció el dominio de ese estado sobre el territorio moro.

Una de las marcas fronterizas establecidas por Carlomagno existe todavía, como el principado de Andorra. El himno nacional de Andorra, *El Gran Carlemany*, contiene el siguiente verso:

«El gran Carlomagno, mi padre,
me liberó de los árabes,
Y del cielo vida me dio».¹³

El obispo de Urgell es uno de los príncipes de Andorra y uno de los dos únicos obispos católicos que todavía ejercen la soberanía temporal, siendo el otro el papa. El segundo príncipe de Andorra es el presidente de Francia, quien heredó el título de los reyes de Francia. Gracias a una serie de disposiciones históricas, el último vestigio de la Marca franca es la única monarquía presidida por monarcas conjuntos.

Tras la muerte de Carlomagno en 814, los condes de las fronteras asumieron un mayor poder y finalmente rompieron del todo sus lazos con los reyes francos. Los emires ome-

yas de Córdoba, quienes para ese entonces habían conquistado completamente al-Ándalus, no suponían una amenaza seria. Incluso después de resultar victoriosos en la guerra civil no pudieron ejercer más que poca autoridad sobre los valíes o gobernadores provinciales, y algunos ni siquiera pudieron hacer sentir su voluntad más allá de Córdoba.

Al-Ándalus se convirtió de hecho en una federación de estados autónomos cuyos gobernantes ya no eran una amenaza para Europa. De hecho, apenas representaban una amenaza para los principados cristianos del norte, que estaban firmemente atrincherados gracias a sus propias tensiones internas, que acabaron por fortalecerlos, la intervención de los francos y la protección que brindaban las hostiles montañas de Cantabria y los Pirineos. Esto no quiere decir que las fuerzas sarracenas ya no fuesen rival para los príncipes del norte. El emir Abderramán II reunió suficiente apoyo para detener el avance al sur del rey Alfonso II de Asturias en el año 798, dar apoyo a los aquitanos que se rebelaron contra Carlos, y saquear Barcelona en 851. Sin embargo, los moros ya no eran capaces de amenazar a los francos como los hicieron en Tolosa, Tours y Septimania.

Como ya se ha dicho, los condes de las marcas solían actuar con independencia de los reyes francos, que por lo general mostraron poco interés en la frontera ibérica, y con el tiempo reclamaron su independencia formal. Los reinos de Aragón y Navarra surgieron de las marcas, y el condado de Barcelona se fortaleció y se convirtió en el principado de Cataluña. Asturias permaneció fuerte y en el año 910 cambió su nombre a reino de León, cuando la capital fue trasladada de Oviedo a la ciudad de León. Estos nuevos estados independientes se convirtieron en las bases de la Reconquista, la restauración del dominio cristiano en toda Hispania. Asturias se convertiría más adelante en el reino de Castilla, que se unió dinásticamente a Aragón en el siglo XV y se convirtió en la base de España como la conocemos hoy. Los condados

catalanes y Navarra serían absorbidos por Aragón, y un nuevo reino cristiano, Portugal, surgiría entre los siglos XI y XII.

Mientras tanto, los emires omeyas dominantes se veían a sí mismos no solo como los gobernantes legítimos de al-Ándalus, sino como los herederos del califato, y en 929 un sucesor de Abderramán I, Abderramán III, dio el paso definitivo para terminar de romper los tenues lazos con el califato y la autoridad religiosa de las dinastías fatimí y abasí, al proclamarse “Príncipe de los Creyentes” y califa.

Proclamación califal de Abderramán III:

*En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso.
Bendiga Dios a nuestro honrado Profeta Mahoma.*

Los más dignos de reivindicar enteramente su derecho y los más merecedores de completar su fortuna y de revestirse de las mercedes con que Dios Altísimo los ha revestido, somos Nosotros, por cuanto Dios Altísimo nos ha favorecido con ello, ha mostrado su preferencia por nosotros, ha elevado nuestra autoridad hasta ese punto, nos ha permitido obtenerlo por nuestro esfuerzo, nos ha facilitado logrado con nuestro gobierno, ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras, ha hecho que la esperanza de los mundos estuviera pendiente de Nosotros, ha dispuesto que los extraviados a nosotros volvieran y que nuestros súbditos se regocijaran por verse a la sombra de nuestro gobierno (todo ello por la voluntad de Dios; loado sea Dios, otorgador de los beneficios, por el que nos ha otorgado, pues Él merece la máxima loa por la gracia que nos ha concedido. En consecuencia, hemos decidido que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes, y que en las cartas, tanto las que expidamos como las que recibamos, se nos dé dicho título, puesto que todo el que lo usa, fuera de nosotros, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él, y

se arroga una denominación que no merece. Además, hemos comprendido que seguir sin usar ese título, que se nos debe, es hacer decaer un derecho que tenemos y dejarse perder una designación firme. Ordena, por tanto, al predicador de tu jurisdicción que emplee dicho título, y úsalo tú de ahora en adelante cuando nos escribas. Si Dios quiere.¹⁴

El periodo del califato de Córdoba se considera comúnmente como una edad de oro andalusí. Durante esta época, Córdoba, con 500.000 habitantes, superó a Constantinopla como la ciudad más poblada de Europa¹⁵. Esto se debió en gran medida a los avances en la tecnología de riego y la ganadería, y el comercio de artículos de lujo como el oro, la seda y las cerámicas ayudó a aumentar la prosperidad de al-Ándalus. La región exportaba mucho grano, aceite y otros productos alimenticios, y comerciaba en todos los principales puertos del Mediterráneo, tanto musulmanes como cristianos.

Córdoba también se convirtió en un gran centro cultural, y fue el hogar del célebre erudito Averroes. Sus comentarios sobre Aristóteles fueron traducidos al latín por filósofos y teólogos cristianos occidentales, especialmente Tomás de Aquino, cuyos escritos proporcionaron un marco para la teología cristiana hasta el día de hoy. Al-Ándalus también fue hogar de Abulcasis, el «padre de la cirugía moderna»¹⁶. Al igual que Averroes, tanto musulmanes como cristianos le consideraban la mayor autoridad en su campo, y sus obras fueron ampliamente traducidas al latín.

Durante el califato, aumentó el número de musulmanes en al-Ándalus, no principalmente por la conversión, sino por la inmigración desde África y las partes del norte de Iberia conquistadas por los estados sucesores de Asturias y la Marca Franca. No obstante, seguían siendo una minoría, excepto en Córdoba y otros centros urbanos. Los cristianos eran dejados en paz, generalmente, si bien el poder judicial tendía a tratarlos con más dureza que a los musulmanes. Los judíos

constituían alrededor del 10% de la población, cifra comparable al porcentaje de musulmanes bereberes.

La gloria de los omeyas en al-Ándalus no duró para siempre, ya que se vieron acosados por las diversas facciones. El califa se convirtió en una mera figura decorativa, mientras el poder real lo tenían los emires en las provincias y el *háyib* (primer ministro). En el año 1009, estalló una guerra civil entre los partidarios de los califas rivales, que duró hasta el 1031 y, como era de esperar, los estados cristianos del norte apoyaron a las facciones rivales para así acelerar el declive del estado andalusí. El último califa omeya, Hisham III, fue depuesto en 1031 luego de que intentara aumentar los impuestos a una población agobiada por más de dos décadas de guerra. Ya no quedaba nadie con la fuerza y el apoyo suficientes para unir al-Ándalus, que se disolvió en una serie de «taifas» o facciones, cada una gobernada por un emir. Las más grandes tenían sus centros en Toledo, Zaragoza y Badajoz, y la mayoría estaba a lo largo de los litorales del sur y el este.

Naturalmente, los estados cristianos aprovecharon esta desunión, y el rey Fernando I de León pudo unir a los cristianos contra los moros. Para cuando murió, en 1065, Fernando, autodenominado emperador de toda Hispania, había reducido a Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla a la condición de vasallos, y había extendido sus fronteras casi hasta las orillas del río Tajo. El hijo de Fernando, Alfonso VI, continuó este impulso y en 1085 conquistó Toledo y absorbió la taifa más grande en su dominio.

El fin del dominio musulmán en al-Ándalus

A mediados del siglo XII, el Magreb estaba en crisis. Los almorávides estaban en retirada ante un régimen aún más fanáticamente religioso: los almohades, «los que profesan la unidad de Dios». Eran tan restrictivos en su fe, que consideraban herejes a los almorávides. Para el año 1146, los almohades habían conquistado el Magreb occidental (Marruecos) y estaban invadiendo al-Ándalus, que conquistaron poco a poco, a lo largo de más de dos décadas. Al tanto de la guerra entre las dos facciones musulmanas, el papa Eugenio III proclamó una cruzada contra los moros en 1147, y por un tiempo los cruzados obtuvieron importantes ganancias. Lisboa cayó en 1147, seguida de los ricos puertos de Almería y de Tortosa, que sucumbió en 1149.

El régimen de los califas almohades fue más duradero que el de sus predecesores, y fueron los gobernantes que unificaron toda la Iberia musulmana. Al principio, expulsaron o empujaron a los cristianos y judíos al norte, como lo hicieron los almorávides, pero con el tiempo moderaron su fanatismo. Los musulmanes en al-Ándalus fueron siempre una proporción pequeña de la población, y era una mala gestión económica el perseguir a miembros importantes de la comunidad, como los comerciantes, financieros y terratenientes.

A pesar de los primeros éxitos de los estados cristianos y los cruzados, los almohades no solo mantuvieron a raya a los reyes cristianos durante un tiempo, sino que los perjudicaron gravemente. El califa Abu Yusuf salió de Marrakech para hacer frente a una invasión del rey Alfonso VIII de Castilla, y derrotó rotundamente al príncipe cristiano en Alarcos, el 18 de julio de 1195. Sin embargo, diecisiete años más tarde esta victoria fue revertida en Las Navas de Tolosa el 16 de julio de 1212. Alfonso VIII

lideró una alianza de los príncipes cristianos contra los almohades, y la mayoría de los 30.000 guerreros musulmanes murió, mientras que los cristianos sufrieron la pérdida de 2.000 de sus hombres.

Los moros nunca se recuperaron del desastre, y los estados cristianos se envalentonaron para avanzar hacia el sur, con el apoyo de la Iglesia católica, que les animaba a liberar a los cristianos que vivían bajo la tiranía morisca. El debilitamiento del poder central llevó al resurgimiento de las taifas, y para 1238 el dominio almohade en al-Ándalus se había reducido a la región costera alrededor de Granada. Para ese entonces, su dominio en Marruecos se limitaba a la capital, Marrakech, por lo que, cuando Muhámmad ibn Yúsuf ibn Nasr, fundador de la dinastía de los nazaríes (o nasri), expulsó al último gobernador almohade y se autoproclamó emir de Granada, no hubo venganza qué temer.

Durante todo este tiempo, la Reconquista continuó, y no quedaba ningún estado musulmán lo suficientemente fuerte para resistir al reino de Castilla. Los emires de Granada se autopreservaron mediante el pago de tributos al estado cristiano desde 1246, principalmente en forma de oro extraído de África, y también proporcionaban tropas para las campañas militares de Castilla. Pero era una relación incómoda. Los nobles musulmanes resentían verse obligados a someterse a los cristianos, y los castellanos desconfiaban de ellos. La guerra estalló entre ambos estados varias veces, y en 1340 el emir Yusuf I pidió la ayuda de Abu al-Hasan ben Uthmán, el sultán benimerín de Marruecos, para derrocar a los castellanos y acabar con la ignominia del último estado andalusí. El sultán marroquí reunió un enorme ejército de 60.000 hombres y le arrebató Gibraltar a Castilla, en preparación para una invasión. Su objetivo era romper el poder del reino cristiano y restaurar una base de poder musulmán en Iberia.

La amenaza era seria. La flota castellana fue destruida y el ejército benimerín cruzó el estrecho sin problemas. Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal solo pudieron reunir 20.000 soldados entre ambos, y se enfrentaron en combate a

Abu al-Hasan y Yusuf en la llamada batalla del Salado, en la costa sur de Iberia, el 30 de octubre de 1340.

Esta invasión fue el último intento de los musulmanes por dominar la Península Ibérica, pero a partir de 1340 su futuro fue dictado por el cristianismo y por Castilla. Granada sobrevivió otros 152 años, protegida por las cordilleras de la Sierra Nevada y por su importancia como centro de comercio con África, pero cuando los portugueses comenzaron a establecer rutas transoceánicas con África, Granada perdió su valor como socio comercial.

Los siglos de conflictos menores entre el califato y los reinos cristianos culminaron con la guerra de Granada, que duraría de 1482 a 1491. Hubo muchos incidentes que contribuyeron al estallido de la guerra, pero la situación escaló drásticamente cuando Granada violó la tregua de 1478, al atacar Zahara en diciembre de 1481 como retaliación por una incursión cristiana que había ocurrido unos meses atrás. Zahara fue tomada y la población convertida en esclavos del reino.

En respuesta a ello, creció el apoyo a la guerra en al-Ándalus, y varias facciones planearon un contraataque que llevaría a una guerra mayor. La guerra de Granada comenzó oficialmente tras la toma de la ciudad de la Alhambra, y la guerra fue respaldada por el califato gobernante. El califato intentó recuperar la Alhambra, pero se vio frustrado por Castilla y Aragón en abril de 1482.¹⁷

Castilla y Aragón se habían fusionado permanentemente unos quince años atrás, mediante el matrimonio entre la reina Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Ambos reinos estaban enfrentando rebeliones internas cuando Isabel y Fernando alcanzaron la mayoría de edad. Cuando Fernando era un niño pequeño, el conflicto entre su padre, Juan, y su hermano mayor, Carlos, llevó a una guerra civil entre Aragón y la región montañosa de Cataluña. Fernando se unió a su padre en el campo de batalla durante su adolescencia y continuó luchando a su lado durante varios años, perfeccionando así sus habilidades en combate y como un comandante de guerra por derecho propio. En 1468, Juan coronó a Fernando como rey de Sicilia, con la es-

peranza de mejorar sus perspectivas matrimoniales, particularmente en vista de una esperada unión con Isabel de Castilla.

El rey Juan de Aragón propuso en primer lugar una alianza matrimonial entre su hijo Fernando e Isabel de Castilla en 1467, antes del Tratado de Toros de Guisando. La propuesta de matrimonio suponía una gran ventaja estratégica para Aragón, ya que podría, potencialmente, poner fin al conflicto entre Castilla y Aragón. Su intento por negociar un matrimonio no tuvo éxito en esa ocasión, pero el rey no se dio por vencido y continuó tomando acciones en pos de su objetivo, como el hacer rey de Sicilia a Fernando para mejorar su estatus. Cuando repitió su oferta en 1468, venía acompañada en privado con la promesa de dinero y tropas de Aragón. El embajador de Juan, Peralta, visitó a Isabel, entrando a hurtadillas en sus habitaciones por la noche y comunicándole la oferta del rey.



Fernando e Isabel, los Reyes Católicos

A principios de 1469, Isabel tomó su decisión y resolvió ir adelante con el plan de casarse con Fernando de Aragón. Si bien Isabel actuó de forma independiente cuando aceptó el contrato matrimonial con Fernando, en muchas formas los esponsales fueron muy similares a otros compromisos reales; los dos

jóvenes nunca se habían conocido, y planeaban casarse únicamente por razones políticas. Para Isabel, sin embargo, este pretendiente era una mejor opción que los sugeridos anteriormente, pues Fernando era de su misma edad, atractivo y bien considerado. Ambos hablaban español, lo que hacía posible la comunicación, y compartían muchas costumbres nativas y prácticas culturales. Por otro lado, estaban estrechamente emparentados; al ser primos segundos, necesitarían, como muchos otros miembros de la realeza, de una dispensa papal para casarse.

El acuerdo para el real matrimonio, negociado por Alfonso Carrillo de Acuña, importante prelado de Castilla, y el noble, político y militar navarro Pedro de Peralta, incluía una serie de restricciones sobre Fernando y su rol en el gobierno castellano. Si bien se esperaba que sirviera como su comandante militar, no podía hacer nombramientos civiles o eclesiásticos y debía tener el permiso de Isabel para salir del país. A Isabel se le garantizaron generosos obsequios al contraer matrimonio, pero la mayoría no le serían entregados hasta que su hermano mayor, el rey Enrique IV de Castilla, muriera o fuera apartado del trono y ella se convirtiera en reina.

Había un asunto primordial que parecía ser un potencial «elefante en la habitación»: ¿cómo gobernarían conjuntamente? Aunque los dos rara vez se habían peleado, era claro que Isabel esperaba que el ego de Fernando se viera herido y que éste respondiera con ira a su propio rol menos importante en Castilla. Criado en Aragón, puede que incluso no apoyara la idea de la sucesión femenina. Isabel organizó una celebración para su llegada a la corte en Castilla y ordenó se le tratase con el mayor respeto, para suavizar cualquier sentimiento herido, pero no fue suficiente. A pesar de que su acuerdo matrimonial había especificado el papel de Fernando en Castilla, los dos siguieron discutiendo la división del poder en el reino durante varios meses.

Isabel finalmente accedió a convocar un consejo para debatir y tomar una decisión sobre el asunto de la sucesión femenina, pero convenció a Fernando de apoyarla como reina antes de reunirse el consejo, al señalar que sus intereses eran los mismos y que si una mujer no podía heredar el trono, eso descalifi-

Una de las razones por las que dejaron rápidamente de lado sus diferencias fue que se enfrentaban a muchos enemigos externos. De hecho, Fernando e Isabel continuaron luchando por su derecho mutuo al trono de Castilla incluso después de la muerte de Enrique, puesto que los aliados de éste, entre ellos el rey de Portugal, continuaron favoreciendo a la princesa Juana, hija de Enrique, por encima de Isabel. Las antiguas tensiones también llegaron a un punto crítico entre Fernando y Carrillo, quien abandonó su corte para unirse al rey de Portugal y la princesa Juana (llamada despectivamente “la Beltraneja”) en la lucha contra ellos.

Fernando e Isabel seguían teniendo problemas económicos, pero aun así se prepararon para la guerra contra Portugal, dependiendo de sus propios partidarios para financiar un ejército. Ambos trabajaron sin cesar, pero se sintieron profundamente afligidos cuando Isabel abortó un hijo varón en mayo de 1475. Sin embargo, la situación mejoraría cuando la Iglesia, con el apoyo de los prelados, prestó a la pareja una gran suma de dinero, que acabó finalmente con sus dificultades económicas. Además, el rey Juan de Aragón también envió artillería, material de construcción y a su hijo, Alonso de Aragón, un general experimentado, para que los asistiera. Fernando, él mismo un buen soldado, disponía ahora de los recursos necesarios para salir victorioso ante Portugal.

La guerra estalló en 1475 y se libró tanto en tierra, con resultados más favorables para los castellanos y aragoneses tras la batalla de Toro, como en el mar, donde los portugueses demostraron su supremacía naval. En mayo de ese año, un ejército portugués al mando del propio Alfonso V ingresó a territorio castellano, donde logró consolidar diversos partidarios entre la nobleza y capturar varias fortalezas. Por otra parte, el rey Luis XI de Francia, motivado por sus conflictos territoriales con Aragón, firmó un tratado de alianza con Alfonso V de Portugal y, si bien decidió no involucrarse profundamente en el conflicto, proporcionó un valioso apoyo inicial al bando «juanista».

Pequeñas fuerzas portuguesas permanecieron en Castilla durante varios años, lo que obligó a Fernando e Isabel a indultar a los nobles rebeldes, incluido el propio Carrillo, en un intento de ganarse la lealtad de toda la nobleza española y el apoyo a su reinado.

Cuando los nobles dejaron de ser un problema mayor, Isabel y Fernando consiguieron negociar unas condiciones favorables para la paz entre Castilla y Francia, eliminando así cualquier alianza posible entre Francia y Portugal en su contra. Sin embargo, los términos para la paz entre Francia y Aragón siguieron siendo significativamente menos favorables en comparación. Los Reyes Católicos también mantuvieron el apoyo del papa, quién se retractó de la dispensa que permitió el compromiso de Alfonso de Portugal y la princesa Juana, lo que asestó otro golpe a sus enemigos.

A principios de 1479, cuando la guerra llegaba a su fin, murió el rey Juan de Aragón, y Fernando e Isabel se convirtieron en los monarcas de un reino mucho más grande. En junio de ese año, Fernando regresó a Aragón para gestionar los asuntos del reino, mientras Isabel trabajaba en una ronda de negociaciones con Portugal que culminó con la firma y posterior ratificación del Tratado de Alcazobas. Mediante este histórico acuerdo, entre diversas resoluciones, se declaró la paz entre Portugal y los reinos de Castilla y Aragón, dándose por terminada la guerra; Alfonso V de Portugal y su esposa, Juana de Trastámara, «la Beltraneja», renunciaron a sus pretensiones al trono de Castilla, y ambos reinos se repartieron los territorios oceánicos del Atlántico que se encontraban en disputa.

Tras la guerra, Isabel se dedicó a mejorar las condiciones de España. Eliminó todas las cecas, o casas de moneda, del país a excepción de cinco, lo que ayudó a corregir algunas de las dificultades económicas en Castilla, al estandarizarse la acuñación y preservarse el valor de la moneda española. También reorganizó los sistemas judicial y administrativo, y su nuevo sistema judicial, las «hermandades», redujo la delincuencia en toda Castilla y trajo la paz y el orden al reino. En 1477 llegó a ejercer ella misma de magistrada en Sevilla, asistida por secretarios legales.

Fernando se encontraba a menudo fuera, dirigiendo las tropas castellanas contra los portugueses o liderando las defensas de Aragón contra los franceses, mientras Isabel se encargaba de los asuntos internos del estado de forma independiente. La reina reestructuró el Consejo Real, para ayudar a gobernar el país, y se esperaba que estos consejeros permanecieran con la corte en todo momento y viajaran con Isabel mientras recorría el reino. Si bien la decisión final en asuntos de estado recaía en Isabel, el Consejo proporcionaba apoyo, consejo y podía gobernar si ella no estaba disponible. Además, se creó un consejo aparte con un poco más de poder para gobernar las tierras no castellanas, como Aragón y Sicilia, lo que permitía a Fernando vivir principalmente en Castilla.

Una vez resueltos estos asuntos sociales apremiantes, Isabel se enfocó en el tesoro del Estado, agotado por los generosos legados del rey Enrique a la nobleza, razón por la que el gobierno de Castilla carecía de fuentes de ingresos esenciales. Entre 1480 y 1482, Fernando e Isabel reclamaron una serie de propiedades que Enrique había concedido a la nobleza española, lo que mejoró el bienestar económico del Estado (al devolver los ingresos al tesoro) y limitó el poder de la nobleza. Para mantener la lealtad, Isabel permitió que los nobles españoles conservaran algunos poderes y privilegios insignificantes y en gran medida simbólicos, como el derecho a usar sombrero en presencia del rey y la reina.

Mientras Isabel negociaba tratados y atendía los asuntos de Estado, a menudo estaba embarazada. En el verano de 1478, la reina dio a luz un niño. El infante Juan, nombrado en honor a sus abuelos, heredaría tanto Aragón como Castilla, y su nacimiento proporcionó el tan necesario heredero varón para su reino. Isabel mantenía a Juan con ella, pues el niño era un poco enfermizo y la reina se preocupaba mucho por él. En noviembre del año siguiente, Isabel dio a luz a su tercer hijo, una niña.

Durante esos años, las medidas impuestas por Isabel mejoraron significativamente las condiciones en Castilla para muchos de sus habitantes, permitiéndoles el acceso a los bienes básicos, y la mejora de las finanzas del Estado también permitió mejorar las carreteras y otras infraestructuras. Los tribunales impartían

duros castigos, pero el imperio de la ley prevaleció y la violencia se redujo en toda Castilla. Los nobles estaban algo menos satisfechos con los cambios, al haber perdido propiedades e ingresos, pero Isabel había demostrado ser una administradora competente. Fernando, como jefe del ejército, había ayudado a lograr la paz con sus vecinos.

La pareja real resultó una buena combinación, muy adecuada para ocupar el trono y buenos gobernantes para la mayoría de sus súbditos. Sin embargo, pronto quedaría penosamente claro que la amabilidad y generosidad solo se extendían a los cristianos.

En 1478, el rey Fernando y la reina Isabel crearon el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, la llamada Inquisición española. Los monarcas consideraban que la Inquisición era crucial, por varias razones. Isabel había asumido el trono apenas dos años antes, y se vio involucrada en un conflicto por la corona con la reina de Portugal, Juana «la Beltraneja». El apoyo de los franceses y portugueses a la Beltraneja significaba que un trío de fuerzas trabajaba en conjunto para derrocarla. Isabel esperaba combatir esto centralizando el poder mediante la unidad religiosa. Además, la Inquisición esperaba disminuir otros poderes políticos rivales, incluido el de los judíos.

Mientras se implementaba la Inquisición durante esos primeros años, se sucedieron acontecimientos significativos, entre acuerdos, traiciones y conquistas, que alterarían las relaciones con el reino nazarí de Granada a favor de los Reyes Católicos, quienes, al conquistar Alhama de Granada en 1482, comenzaron la llamada guerra de Granada, dando un duro golpe a los nazaríes. Aprovechando las aguas revueltas, el hijo del sultán Abū ul —Ḥasan (llamado Muley Hacén por los cristianos), quitó el trono a su padre ausente y se autoproclamó sultán con el nombre Muhammad XII, llamado «Boabdil» (o Boabdil «el Chico») por los cristianos, lo que sumió al reino en un mayor caos. La guerra civil entre los moros duraría aproximadamente hasta 1483, cuando Boabdil fue capturado por los cristianos en Lucena.



Muhammad XII, también llamado Boabdil el Chico

Fernando e Isabel, que no tenían planeado originalmente conquistar toda Granada, decidieron hacer de Boabdil un aliado (más títere que aliado, como revelarían posteriores acontecimientos). Aceptaron liberar a Boabdil con la condición de que hiciera la guerra a su padre y se convirtiera en un aliado pseudocristiano que le daría a los reinos cristianos el empujón extra que necesitaban para expulsar a los nazaríes. El acuerdo entre

los Reyes Católicos y Boabdil duró aproximadamente hasta 1485, cuando el sultán fue derrotado por su tío, el Zagal, quien tras haber apoyado a su hermano, el sultán Muley Hacén, se convirtió en el nuevo líder del reino nazarí de Granada cuando éste enfermó y murió. Al ocurrir esto, Boabdil huyó de vuelta a los reinos cristianos.

Mientras tanto, la disidencia y la desconfianza seguían creciendo y fomentándose entre las fuerzas musulmanas, que ahora tenían dos sultanes contendientes, lo que las hizo ineficaces para proteger Granada. La ciudad sería tomada por uno de los mayores aliados del rey Fernando, el marqués (luego duque) de Cádiz, y poco después, el marqués reclamaría las ciudades de Ronda y Marbella mediante una combinación de poder militar y negociaciones con los dirigentes locales. En Marbella, los cristianos consiguieron hacerse con parte de la impresionante flota granadina.¹⁸

El sultán Boabdil entraría en escena nuevamente, al pasar los siguientes tres años convenciendo a la población musulmana de apoyar la paz con los reinos cristianos y su gobierno, alegando que los cristianos serían indulgentes, proporcionarían mejores oportunidades, y estarían dispuestos a permitir a la ciudadanía musulmana continuar practicando su religión. El apoyo a los cristianos aumentó así entre pueblos de diversas religiones.

El siguiente gran acontecimiento en el acto final de la Reconquista fue el asedio cristiano de Málaga, o «toma de Málaga», en 1487. Los nazaríes tardaron en responder al ataque, y cuando lo hicieron, no fueron capaces de expulsar a los ejércitos cristianos. Esto se debió en gran parte a que el comandante nazarí, el sultán el Zagal, se había visto obligado a dejar atrás la mayor parte de sus fuerzas para luchar en la guerra civil, y no había suficientes tropas para contrarrestar al ejército castellano, que aprovechó su superioridad. La primera ciudad en capitular fue también la primera en ser atacada: Vélez-Málaga, que fue entregada a los cristianos el 27 de abril de 1487.

Con el apoyo de lugareños musulmanes partidarios de Boabdil, las tropas castellanas continuaron el asedio a Málaga, a la

que finalmente entraron victoriosos los Reyes Católicos el 18 de agosto de ese año. Los malagueños se defendieron y lucharon desesperadamente. El comandante de la región decidió que era mejor morir en batalla que capitular ante el enemigo, y por ende, continuó luchando ferozmente contra los cristianos. La guarnición africana en la región y los cristianos convertidos al islam estaban entre las primeras filas, y atacaron con una ferocidad casi suicida, por el temor a lo que Fernando y sus comandantes harían cuando Málaga cayera.

Entre mayo y agosto de 1487, pusieron todo su empeño en la guerra antes de, finalmente, admitir la derrota. Como habrían sospechado, cuando los líderes musulmanes de Málaga intentaron rendirse, Fernando se negó por haber sido antes rechazada su oferta en dos ocasiones. Una vez que Málaga cayó, Fernando entró y esclavizó a la mayoría de la población, incluidos los cristianos que se habían quedado. A muchos de los renegados y cristianos que se habían convertido al islam se les dio muerte en la hoguera o por apuñalamiento. Los únicos que se salvaron fueron los judíos, por quienes los judíos castellanos habían pagado rescate en buena fe.¹⁹

La toma de Málaga fue probablemente el acontecimiento más significativo de la guerra de Granada. Málaga era el puerto más crucial que tenía el califato para la flota granadina, y sin él, sus barcos no podrían mantenerse en la región. Sin la flota, las fuerzas musulmanas perdieron sus activos más importantes y quedaron incapaces de atacar por mar los reinos cristianos o de llevar más suministros a Granada.

Tras la caída de Málaga, la reputación del Zagal quedó destruida, y Boabdil logró reclamar Granada, al transferirse más personas a su causa. El Zagal perdió luego Vélez-Rubio, Vélez-Blanco y Vera, pero todavía controlaba algunas de las ciudades importantes. Mientras tanto, Boabdil entregó de buena gana parte del territorio a los cristianos, con la creencia de que le sería devuelto una vez terminada la guerra. Estaba completamente equivocado.

En 1489, los cristianos comenzaron el cerco de Baza, el último bastión del Zagal en la región. La ciudad era una de las más

defendibles de Granada, y los cristianos se vieron obligados a dividir su ejército en varios grupos diferentes para intentar rodear la ciudad y golpear sus puntos más débiles. La artillería no fue de gran ayuda debido al grosor de las murallas y lo accidentado del terreno, que hacía difícil empujar o transportar armamento pesado. Los cristianos no contaban con el dinero suficiente para abastecer y pagar a los soldados castellanos, y muchos debieron ser amenazados con tortura e incluso la muerte para evitar que desertaran. La propia reina Isabel, en un esfuerzo por levantar la moral, visitó el sitio del asedio en persona.

Finalmente, el Zagal se rindió tras seis meses de ataques prolongados. Aunque su guarnición estaba bastante intacta, no vio razón para continuar resistiendo. Logró negociar una rendición pacífica y generosa, y la población de la ciudad fue dejada en paz. Las fuerzas musulmanas estaban ahora casi completamente fuera de Granada, pero haría falta un último gran empujón para terminar de sacarlas de la Península Ibérica.

El Zagal fue hecho prisionero por los cristianos, lo que dejó a Granada sin un estratega militar competente y a Boabdil como sultán. Sin el Zagal, parecía que la conquista final de Granada sería rápida, fácil e indolora para los cristianos. Sin embargo, al asumir que no habría más resistencia, los Reyes Católicos no compensaron adecuadamente a sus aliados²⁰. Boabdil estaba furioso porque las tierras que debían darle seguían bajo el control de la administración de Castilla, y en respuesta, puso fin violentamente a su vasallaje y dirigió sus fuerzas contra los reinos cristianos. Desafortunadamente para el último sultán de Granada, el territorio que todavía dominaba —Granada y la Alpujarra— resultaría difícil de controlar, siendo un terreno accidentado y una ciudad casi indefendible, dada su geografía y las posiciones de las tropas cristianas a su alrededor.²¹

A pesar de las pocas probabilidades de éxito, Boabdil persistió y envió mensajeros con misivas a Egipto rogando su ayuda. Los egipcios, aunque simpatizaban con la difícil situación de los musulmanes en Iberia, no pudieron ayudar. Para finales del siglo XV, Egipto enfrentaba una guerra casi constante con los turcos otomanos, que estaban formando rápidamente su propio imperio en el Oriente Medio. Para complicar aún más las cosas,

Castilla y Aragón eran valiosos aliados contra los otomanos, lo que hacía insostenible que Egipto rompiera su alianza para ayudar a Boabdil. El sultán de Egipto le escribió a Fernando expresándole su decepción con los reinos cristianos, pero eso fue todo.

Después de eso, Boabdil intentó convencer al reino de Fez de ayudarlo, pero no se sabe con certeza cómo le respondieron. Ni siquiera el norte de África ayudó a los musulmanes que quedaban en Iberia, pues éstos no controlaban ya ninguna costa para poder recibir dicha ayuda. En lugar de eso, los norteafricanos continuaron abasteciendo de trigo y otros artículos comerciales a los reinos cristianos²². La Reconquista estaba casi completa.

Fernando e Isabel comenzaron el asedio de Granada en abril de 1491, y duraría ocho meses. La situación dentro de la ciudad solo empeoraría, pues enemigos internos ayudaban a los cristianos, y los consejeros de Boabdil se peleaban entre sí por el control. Los historiadores determinarían más adelante que al menos uno de los consejeros era un espía castellano y varios otros estaban recibiendo cuantiosos sobornos para ayudar a que cayera la ciudad. Finalmente, Boabdil admitió la derrota y el 25 de noviembre de 1491 firmó un documento de rendición, las llamadas Capitulaciones de Granada, o Tratado de Granada, que era muy provisional.

El tratado concedía a Granada dos meses para poner en orden sus asuntos, y a la administración le tomó los dos meses expulsar a los traidores y establecer alguna semblanza de normalidad. Los disturbios fueron comunes, y muchas personas fueron atrapadas intentando huir del territorio. Varios administradores cruciales fueron hallados asesinados.

El 2 de enero de 1492, el tratado entró en vigor y la ciudad y el territorio circundante pasaron a ser definitivamente del dominio cristiano. Las fuerzas castellanas inundaron la ciudad de Granada y confiscaron el complejo de la Alhambra, asegurando así el último estado de propiedad musulmana en al-Ándalus. Al mediodía de ese día, los soldados cristianos ya habían desalojado a la mayoría de sus antiguos residentes. Se retiraron las banderas moriscas y se reemplazaron con banderas cristianas y

castellanas, y se colgaron estandartes de las torres más altas. Lo más simbólico entre todo esto fue la enorme cruz de plata que se colocó en el techo más alto de la Torre de Comares, que enviaba un mensaje inconfundible: los castellanos, junto con el catolicismo, habían llegado para quedarse.

El 30 de Julio de ese año, como se menciona en el diario de Cristóbal Colón, los castellanos publicaron un edicto por el cual se expulsó de España a cerca de 200.000 judíos. Decenas de miles de estos refugiados murieron en el trayecto a sus nuevos destinos. La trascendental expulsión fue uno de los «proyectos favoritos» que respaldó la Inquisición. En este clima petrificante, los musulmanes de Granada no se atrevieron a salir de sus casas. Más tarde ese día, Boabdil entregó las llaves de la Alhambra, rindió homenaje a los Reyes Católicos y se encaminó con su familia al exilio en las tierras que le permitieron conservar en la Alpujarra. Según una muy extendida leyenda, si bien no está documentada, al salir de la ciudad Boabdil se volvió para contemplar por última vez el palacio y fortaleza, y lloró. Su madre, la sultana Aixa, al ver sus lágrimas le espetó: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre».

Al principio de este nuevo y desconocido reinado, los musulmanes se sintieron aliviados al oír que se respetaría la libertad de culto y que se les concedería cierta lenidad para facilitarles la transición al nuevo gobierno. Sin embargo, los cristianos pronto faltarían a su palabra. Tras una rebelión fallida a finales de la década de 1490, la reina Isabel anunció que revocaría todas las leyes de tolerancia hacia los musulmanes. A partir de 1502, los musulmanes que quisieran evitar ser ejecutados tenían dos opciones: convertirse al cristianismo, o marcharse. Cientos de miles huyeron de Granada, principalmente a África, mientras que otros abrazaron su nueva fe cristiana como «moriscos», como llamaban los españoles en ese entonces a los moros de al-Ándalus que se habían convertido al cristianismo. Una pequeña parte se quedó, llevando su culto a la clandestinidad.

Las autoridades sometieron a los musulmanes restantes a una estricta vigilancia, en constante búsqueda de musulmanes secretos. Los jueves por la noche y los viernes por la mañana, los moriscos tenían que dejar sus puertas abiertas, para que los

soldados que pasaran pudieran inspeccionar sus casas. Cualquier morisco que fuera visto bañándose o que luciera sospechosamente limpio sería detenido, puesto que la tradición musulmana exigía bañarse antes de las congregaciones de oración de los viernes. Los que eran sorprendidos in fraganti con un Corán eran asesinados en el acto. También surgieron historias de que hubo castellanos que secuestraron niños musulmanes para criarlos como cristianos a puerta cerrada.

Los musulmanes padecieron restricciones cada vez más sofocantes. Se les abrumó con cuantiosos impuestos y se les prohibió vestirse con atuendos musulmanes. Solo podían hablar en español, y quienes no sabían hacerlo debían hallar la forma de dominar el idioma en un lapso de tres años. Muchos perdieron sus propiedades, confiscadas por las autoridades castellanas. Todos los documentos musulmanes fueron declarados nulos e inválidos.

En las semanas que siguieron a la conquista de Granada, se borraron y limaron las capas de brillantes pinturas y diseños arabescos de muchas de las estructuras de la ciudad. Las fachadas recién lijadas fueron entonces cubiertas de una mezcla de cal y agua que se usaba para pintar las paredes de un blanco impoluto. El mobiliario de estilo morisco se dismanteló y se sustituyó por accesorios del hogar que se ajustaban mejor a los desacordes gustos de los nuevos gobernantes.

Los cristianos lanzaron una campaña para eliminar todo rastro de la presencia musulmana. Las mezquitas y los baños fueron derrumbados y reconstruidos como iglesias, conventos y monasterios. En lugar de la gran mezquita se levantó una nueva y majestuosa catedral. La misma catedral fue luego reemplazada con la iglesia de Santa María de la Alhambra.

Aun así, los musulmanes que quedaban, en rápida disminución, lograron permanecer en las sombras, y sobrevivieron bajo esta brutal autoridad durante más de un siglo, hasta que las nuevas autoridades cristianas tomaron la decisión final de ordenar que todos los musulmanes abandonaran sus tierras. Durante tres días en 1609, todos los moriscos fueron obligados a empacar sus pertenencias y abordar barcos con destino al Im-

perio otomano o a otros destinos en el norte de África. El Edicto de Expulsión fue firmado por el rey Felipe III el 9 de abril de 1609, y parte de él decía:

(...) Entendido tenéis lo que por tan largo discurso de años he procurado la conversión de los moriscos de ese reino de Valencia y del de Castilla, y los edictos de gracia que se les concedieron y las diligencias que se han hecho para instruirlos a nuestra santa fe, y lo poco que todo ello ha aprovechado, pues se ha visto que ninguno se haya convertido, antes ha crecido su obstinación. (...) He resuelto que se saquen todos los moriscos de ese reino y que se echen en Berbería. Y para que ejecute lo que S.M. manda, hemos mandado publicar el bando siguiente:

Primeramente, que todos los moriscos de este reino, así hombres como mujeres, con sus hijos, dentro de tres días de como fuere publicado este bando en los lugares donde cada uno vive y tiene su casa, salgan de él y vayan a embarcarse a la parte donde el comisario les ordenare, llevando consigo de sus haciendas los muebles, los que pudieren en sus personas, para embarcarse en las galeras y navíos que están aprestados para pasarlos en Berbería, adonde los desembarcarán sin que reciban mal tratamiento ni molestia en sus personas, ni lo que llevaren, de obra o de palabra (...) Y el que no lo cumpliere, y excediere en un punto de lo contenido en este bando, incurra en pena de la vida, que se ejecutara irremisiblemente.

Que cualquiera de los dichos moriscos que, publicado este bando, y cumplidos los tres días fuere hallado desbandando fuera de su propio lugar por caminos (...), pueda cualquier persona, sin incurrir en pena alguna, prenderle y desvalijarle, entregándole al Justicia del lugar más cercano; y si se defendiere, le pueda matar.

Que so la misma pena, ningún morisco habiéndose publicado este dicho Bando, como dicho es, salga de su lugar a otro ninguno, sino que se estén quedos hasta que el Comisario que los ha de conducir a la embarcación, llegue por ellos.

Que cualquiera de los dichos moriscos que escondiere o enterrare alguna de la hacienda que tuviere por no la poder llevar consigo, o la pusiere fuego; y a las casas, sembrados, huertas o

arboledas, incurran en la dicha pena de muerte los vecinos del lugar donde esto sucediere. Y mandamos se ejecute en ellos, por cuanto Su Majestad ha tenido por bien de hacer merced de estas haciendas y muebles que no pueden llevar consigo, a los señores cuyos vasallos fueren.

Todos los descendientes de moriscos se vieron afectados, salvo ciertas familias a las que se les permitió quedarse para evitar la extinción de los pueblos en las zonas de mayoría morisca, y los niños menores de dieciséis años. Aun así, los niños serían bautizados, si ya no lo estaban, y obligados a vivir bajo estricta supervisión católica. Para evitar el gasto del erario público, los moriscos llevados a los puertos fueron obligados a pagar su propia expulsión y luego fueron transportados a la costa del Magreb y abandonados allí. El gobierno español no había llegado a ningún acuerdo con los gobernantes locales, y los moriscos a menudo eran confundidos con invasores, y atacados.

Horrorizados por la suerte de los primeros deportados, y por los malos tratos, vejaciones e injusticias que, en efecto, sí se cometían contra ellos a manos de los «cristianos viejos», más de 20.000 moriscos de la región valenciana se alzaron en armas en los valles de Valencia. Esta rebelión sería el último conflicto armado entre moros y españoles, pero hacia el final de noviembre de 1609, la rebelión había sido aplastada.

Para 1614, todos los moriscos de España habían sido expulsados, y los deportados al norte de África fueron tratados allí como extraños en tierra extranjera. No hablaban el idioma, y aunque se les había acusado de ser todavía musulmanes en secreto, no podían haberlo parecido a los nativos. Después de todo, habían vivido con el cristianismo impuesto sobre ellos durante tres generaciones, y muchos eran en realidad cristianos sinceros que habían sido expulsados simplemente por ser de origen moro. Algunos moriscos se convirtieron en piratas y saquearon las costas de su antigua patria, y otros se unieron a los ejércitos de Marruecos y del Imperio otomano. Algunos otros viajaron a zonas más amigables de Europa.

Durante siglos después de la expulsión, poetas moriscos como Mahmud Darwish han añorado su renombrada patria:

¿CÓMO ESCRIBIR SOBRE LAS NUBES?

¿Cómo escribir sobre las nubes el testamento de mi gente? Si mi gente

abandonó el tiempo al igual que su abrigo en las casas, y mi gente

cada vez que construye una ciudadela, la destruye para erigir sobre ella

una jaima para su nostalgia por la primera palmera. Mi gente traiciona a mi gente

en las guerras de la defensa de la sal. Pero Granada es de oro,

de la seda de las palabras bordadas con almendras, de la plata de las lágrimas en

la cuerda del laúd. Granada es la gran ascensión hacia sí misma

y será lo que desea: la nostalgia por

cualquier cosa pasada o que pasará. El ala de una golondrina roza

el pecho de una mujer en su lecho y ella grita: Granada es mi cuerpo.

Un hombre pierde su gacela en el desierto y grita: Granada es mi país, yo soy de allí.

Canta para que los jilgueros construyan de mis costados

una escalera al cercano cielo. Canta el heroísmo de los que ascienden hacia

su muerte, luna a luna, en la callejuela de la amada. Canta a los pájaros del jardín

pedra a piedra. Cuánto te amo, a ti que me has despreciado.

Cuerda a cuerda, en el camino hacia su cálida noche. Canta.

*El aroma del café después de ti ha perdido su mañana. Canta mi partida
del arrullo de las palomas sobre tus rodillas y del nido de mi alma
en las letras de tu sencillo nombre. Granada está
destinada al canto. Canta.*²³

Algunos moriscos incluso regresaron a España, y no todos habían sido expulsados, ya fuera por las previsiones expuestas anteriormente, o porque la expulsión se llevó a cabo con cierta ineficacia en algunos lugares. La expulsión de los niños bautizados también supuso un problema, pues de acuerdo con las leyes española y católica, no podían ser entregados en manos de no creyentes. Es posible que una gran cantidad de niños hayan sido deportados a Francia, territorio católico, y podría suponerse que algunos españoles bondadosos protegieron o escondieron a niños moriscos.

En general, la expulsión tuvo el apoyo de la población española, si bien algunos, como don Miguel de Cervantes, autor de *Don Quijote*, no fueron indiferentes al sufrimiento de los moriscos. Cervantes puso estas palabras en boca de Ricote, un morisco en *Don Quijote* que regresa en secreto a España:

—Bien sabes, ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío!, como el pregón y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; (...) porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiración divina la que movió a su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos

castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería, y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan.²⁴

La persecución de los moriscos en España continuó hasta entrado el siglo XVIII, y la última gran campaña punitiva, que solo infligió sentencias leves, ocurrió en 1727. En 1799, un tratado con Marruecos garantizó los derechos de los antiguos esclavos moriscos a observar los principios de su religión a cambio de que lo mismo se concediera a los católicos españoles que vivían en Marruecos. España abolió la esclavitud en el siglo XIX, y en 1834, la Inquisición española fue suprimida definitivamente, aunque a esas alturas ya no ostentaba prácticamente ninguna autoridad. El Edicto de Expulsión de 1609 nunca se ha rescindido, ni se ha invitado a regresar a los descendientes de los moriscos, si bien el Decreto de la Alhambra que expulsó a los judíos en 1492, fue anulado formalmente el 16 de diciembre de 1968.

Resulta extraño que una nación tan profundamente influenciada por su historia y cultura musulmanas haya sido tan vehemente en su intento de expurgarlas, pero de cualquier manera, España no pudo erradicar completamente la influencia de los moros. Su legado puede verse en la lengua, la arquitectura, el arte, la música, la gastronomía y las costumbres españolas. Irónicamente, serían descubrimientos científicos árabes, particularmente los relacionados a la astronomía, la construcción naval y la cartografía, los que permitirían a los reinos cristianos de España y Portugal obtener una ventaja sobre otras potencias europeas como los Países Bajos, Francia y Gran Bretaña, que tardarían más en cruzar el Océano Atlántico y llegar al Nuevo Mundo.

El intenso fervor por el cristianismo presente en los reinos ibéricos también tendría implicaciones duraderas en las Américas, donde los misioneros españoles en particular tenían la or-

den de convertir a los pueblos indígenas por cualquier medio necesario, incluidos los tipos de tortura, persecución y muerte que recuerdan los métodos utilizados contra los musulmanes y judíos al final de la Reconquista. Incluso en el siglo XXI, el catolicismo continúa siendo la religión más común en toda la América Latina.

Lecturas recomendadas

BOSWORTH, C.E. (1993). “Mu‘āwiya II”. En Bosworth, C. E.; van Donzel, E.; Heinrichs, W. P. & Pellat, Ch. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*, Nueva Edición, Volúmen VII: Mif-Naz. Leiden: E. J. Brill. pp. 268 – 269. ISBN 90 – 04 – 09419 – 9.

Christides, Vassilios (2000). “Ukba b. Nāfi”. En Bearman, P. J.; Bianquis, Th.; Bosworth, C. E.; van Donzel, E. & Heinrichs, W. P. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*, Nueva Edición, Volúmen X: T-U. Leiden: E. J. Brill. pp. 789 – 790. ISBN 90 – 04 – 11211 – 1.

Crone, Patricia (1994). “Were the Qays and Yemen of the Umayyad Period Political Parties?” [¿Fueron los Qays y Yemen del período omeya partidos políticos?]. *Der Islam*. Walter de Gruyter and Co. 71 (1): 1 – 57. doi:10.1515/islam.1994.71.1.1. ISSN 0021 – 1818.

Donner, Fred M. (1981). *The Early Islamic Conquests* [Las primeras conquistas islámicas]. Princeton: Princeton University Press. ISBN 9781400847877.

Duri, Abd al-Aziz (2011). *Early Islamic Institutions: Administration and Taxation from the Caliphate to the Umayyads and ‘Abbāsids* [Primeras instituciones islámicas: administración e impuestos desde el califato hasta los omeyas y los abbásidas]. Traducido por Razia Ali. Londres y Beirut: I. B. Tauris and Centre for Arab Unity Studies. ISBN 978 – 1 – 84885 – 060 – 6.

Dixon, ‘Abd al-Ameer (Agosto, 1969). *The Umayyad Caliphate, 65 – 86/684 – 705: (A Political Study)* (Thesis) [El califato omeya, 65 – 86 / 684 – 705: (Un estudio político) (Tesis)]. Londres: Universidad de Londres, SOAS.

Gibb, H. A. R. (1960). “‘Abd Allāh ibn al-Zubayr”. En Gibb, H. A. R.; Kramers, J. H.; Lévi-Provençal, E.; Schacht, J.; Lewis, B. & Pellat, Ch. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*,

Nueva Edición, Volúmen I: A-B. Leiden: E. J. Brill. pp. 54 – 55. OCLC 495469456.

Hinds, M. (1993). “Mu‘āwiya I b. Abī Sufyān”. En Bosworth, C. E.; van Donzel, E.; Heinrichs, W. P. & Pellat, Ch. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*, Nueva Edición, Volúmen VII: Mif-Naz. Leiden: E. J. Brill. pp. 263 – 268. ISBN 90 – 04 – 09419 – 9.

Hawting, Gerald R. (2000). *The First Dynasty of Islam: The Umayyad Caliphate AD 661 – 750* (Second ed.) [La primera dinastía del Islam: el califato omeya 661 – 750 d. C. (segunda ed.)]. Londres y Nueva York: Routledge. ISBN 0 – 415 – 24072 – 7.

Hawting, G. R. (2000). “Umayyads” [Omeyas]. En Bearman, P. J.; Bianquis, Th.; Bosworth, C. E.; van Donzel, E. & Heinrichs, W. P. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*, Nueva Edición, Volúmen X: T-U. Leiden: E. J. Brill. pp. 840 – 847. ISBN 90 – 04 – 11211 – 1.

Kaegi, Walter E. (1992). *Byzantium and the Early Islamic Conquests* [Bizancio y las primeras conquistas islámicas]. Cambridge: Cambridge University Press. ISBN 0 – 521 – 41172 – 6.

Kennedy, Hugh (2001). *The Armies of the Caliphs: Military and Society in the Early Islamic State* [Los ejércitos de los califas: ejército y sociedad en el Estado islámico temprano]. Londres y Nueva York: Routledge. ISBN 0 – 415 – 25093 – 5.

Kennedy, Hugh (2004). *The Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the 6th to the 11th Century* [El profeta y la era de los califatos: el Cercano Oriente islámico del siglo VI al XI] (Segunda ed.). Harlow: Longman. ISBN 978 – 0 – 582 – 40525 – 7.

Kennedy, Hugh (2007). *The Great Arab Conquests: How the Spread of Islam Changed the World We Live In* [Las grandes conquistas árabes: cómo la difusión del Islam cambió el mundo en el que vivimos]. Filadelfia: Da Capo Press. ISBN 978 – 0 – 306 – 81585 – 0.

Della Vida, Giorgio Levi & Bosworth, Bosworth (2000). "Umayya b. Abd Shams". En Bearman, P. J.; Bianquis, Th.; Bosworth, C. E.; van Donzel, E. & Heinrichs, W. P. (eds.). *The Encyclopaedia of Islam*, Nueva Edición, Volúmen X: T-U. Leiden: E. J. Brill. pp. 837 – 839. ISBN 90 – 04 – 11211 – 1.

Lilie, Ralph-Johannes (1976). Die byzantinische Reaktion auf die Ausbreitung der Araber. Studien zur Strukturwandlung des byzantinischen Staates im 7. und 8. Jhd (in German) [La respuesta bizantina a la expansión de los árabes. Estudios sobre el cambio estructural del estado bizantino en los siglos VII y VIII (en alemán)]. Munich: Institut für Byzantinistik und Neugriechische Philologie der Universität München [Múnich: Instituto de Estudios Bizantinos y Filología Griega Moderna de la Universidad de Múnich]. OCLC 797598069.

Madelung, Wilferd (1997). The Succession to Muhammad: A Study of the Early Caliphate [La suceción de Mahoma: un estudio del califato]. Cambridge: Cambridge University Press. ISBN 0 – 521 – 56181 – 7.

Wellhausen, J. (1927). Weir, Margaret Graham (ed.). The Arab Kingdom and its Fall [El reino árabe y su caída]. Calcuta: Universidad de Calcuta. ISBN 9780415209045

Sobre Charles River Editors



Charles River Editors provee servicios de edición y redacción original de calidad superior a lo ancho de la industria de publicaciones digitales, con la pericia para crear contenido digital para editoriales en una amplia gama de temas. Además de proveer contenido digital original para terceros, también republicamos las grandes obras literarias de la civilización, haciéndolas llegar a nuevas generaciones de lectores a través de libros electrónicos (ebooks).

Regístrese aquí para recibir notificaciones sobre libros gratis a medida que los publiquemos, y visite nuestra Página de Autor Kindle para explorar las promociones gratuitas del día y nuestros títulos más recientes publicados en Kindle.

ASIN: B09Z8QZBWN

Editorial: Charles River Editors (29 abril 2022)

notes

Notas a pie de página

¹ Frankfurter, 122.

² Nombre que se da en la tradición musulmana a los cuatro primeros califas que sucedieron a Mahoma.

³ Cook, David (2005). *Understanding Jihad* [Comprendiendo la yihad]. University of California Press.

⁴ Roger Collins, *The Arab Conquest of Spain 710 – 797* [La conquista árabe de España 710 – 797], (Hoboken: Blackwell Publishing, 1989), pg. 49.

⁵ McKenna, Stephen (1938). *Paganism and Pagan Survivals in Spain up to the Fall of the Visigothic Kingdom* [Paganismo y supervivencias paganas en España hasta la caída del reino visigodo]. Catholic University of America Press.

⁶ Collins, Roger.(1989) *The Arab Conquest of Spain, 710 – 97* [La conquista árabe de España, 710 – 97]. Blackwell Publishing, p.45.

⁷ Existe cierta confusión en cuanto a la identidad de este Munuza y el personaje histórico del mismo nombre que, como se verá más adelante, enfrentó a Pelayo años antes en Covadonga.

⁸ Nelson, Janet L. (2019). *King and Emperor: A New Life of Charlemagne* [Rey y emperador: una nueva vida de Carlomagno]. Oakland, California: University of California Press, p.32.

⁹ Aunque nominalmente eran cristianos, los reyes títeres francos a menudo tenían concubinas a la manera de sus predecesores paganos.

¹⁰ Charles S. Peirce (7 December 2009). *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition* [Escritos de Charles S. Peirce: edición cronológica] 8. Peirce Edition Project. p. 441

¹¹ Greek, Eric E. (2019). “The Myth of Charles Martel: Why the Islamic Caliphate Ceased Military Operations in Western

Europe After the Battle of Tours” [El mito de Carlos Martel: Por qué el califato islámico cesó sus operaciones militares en Europa occidental tras la batalla de Tours]. Tesis de maestría, Harvard Extension School, p.23.

¹² Anónimo, *The Mozarabic Chronicle of 754* [La crónica mozárabe de 754].

¹³ Augustin, Byron (1 de septiembre de 2008). *Andorra*. Marshall Cavendish. p. 24.

¹⁴ Anónimo. Una Crónica anónima de Abd al-Rahman III al-Nasir, ed. y trad. de Evaristo Levi-Provençal y Emilio García Gómez. Madrid, 1950.

¹⁵ Chandler, Tertius. Four Thousand Years of Urban Growth: An Historical Census [Cuatro mil años de crecimiento urbano: un censo histórico], (1987). St. David’s University Press.

¹⁶ Ahmad, Z. (St Thomas’ Hospital) (2007), “Al-Zahrawi – The Father of Surgery” [Al-Zahrawi: el padre de la cirugía], *ANZ Journal of Surgery*, 77 (Suppl. 1): A83

¹⁷ William H. Prescott, *The Art of War in Spain: The Conquest of Granada, 1481 – 1492* [El arte de la guerra en España: la conquista de Granada], editado por Albert D. McJoynt, (Londres: Greenhill Books, 1995).

¹⁸ William H. Prescott, *The Art of War in Spain: The Conquest of Granada, 1481 – 1492* [El arte de la guerra en España: la conquista de Granada], editado por Albert D. McJoynt, (Londres: Greenhill Books, 1995).

¹⁹ Ibid.

²⁰ L.P. Harvey, *Muslims in Spain, 1500 to 1614* [Los musulmanes en España, 1500 a 1614], (Chicago: University of Chicago Press, 2005), pg. 385.

²¹ Prescott, *The Art of War in Spain* [El arte de la Guerra en España].

²² J.N. Hillgarth, *The Spanish Kingdoms: 1250 – 1516. Volume II: 1410 – 1516, Castilian Hegemony* [Los reinos españoles:

1250 – 1516. Volúmen II: 1410 – 1516, Hegemonía castellana], (Oxford: Oxford University Press, 1978), pg. 386.

²³ http://www.poesiaarabe.com/como_escribir.htm

²⁴ Miguel de Cervantes Saavedra. *Don Quijote de La Mancha*. Segunda parte, capítulo LIV, pp. 774 – 775. Edición conmemorativa IV centenario. Austral. España.

ÍNDICE

CHARLES RIVER EDITORS	2
Introducción	4
La expansión del islam	9
Los moros del califato	19
La llegada de los moros a España	24
La invasión musulmana de Francia	42
El califato de Córdoba	62
El fin del dominio musulmán en al-Ándalus	69
Lecturas recomendadas	92
Sobre Charles River Editors	95
Notas a pie de página	97